

ANDRE GIDE

LOS ALIMENTOS
TERRESTRES
Y
LOS NUEVOS
ALIMENTOS

Traducción de
LUIS ECHÁVARRI

TERCERA EDICIÓN

EDITORIAL LOSADA, S. ABUENOS AIRES

Título del original francés: Les nouritures terrestres et Les nouvelles nouritures (c) Gallimard, París, 1921 y 1935

Edición expresamente autorizada para la BIBLIOTECA CLASICA Y CONTEMPORÁNEA,

Queda hecho el depósito que previene la ley núm. 11.723

Marca y características gráficas registradas
en la Oficina de Patentes y Marcas de la Nación

(c) Editorial Losada, S. A. Alsina 1181, Buenos Aires, 1953

Tercera edición (1ª en Bca. Clásica y Contemporánea): 20 - V-1974.

Ilustró la cubierta SILVIO BALDESSARI

IMPRESO EN LA ARGENTINA PRINTED IN ARGENTINA

Esta primera edición se terminó de imprimir el día 20 de mayo de 1974 en los talleres de AMÉRICALEB s. R. L. Tucumán 353, Buenos Aires.

La edición consta de diez mil ejemplares.

A mi amigo

MAURICE QUILLOT

LOS ALIMENTOS TERRESTRES

(1897)

*He aquí los frutos con que
nos alimentamos en la tierra.*

EL CORÁN, II, 23.

PRÓLOGO DE LA EDICIÓN DE 1927

Julio de 1926

Es usual que se me encierre en este manual de evasión, de liberación. Aprovecho esta nueva salida para presentar a nuevos lectores algunas reflexiones que permitirán reducir la importancia del libro al situarlo y motivarlo de una manera más precisa.

1° Los alimentos terrestres son el libro, si no de un enfermo, por lo menos de un convaleciente, de un curado, de alguien que estuvo enfermo. Hay, en su propio lirismo, el exceso da quien abraza la vida como algo que estuvo a punto de perder.

2° Escribí este libro en un momento en que la literatura olía furiosamente a artificio y encierro, cuando me parecía urgente hacerla tocar tierra de nuevo y colocar sencillamente en el suelo un pie desnudo.

Hasta qué punto este libro contrariaba el gusto de la época es lo que hizo ver su fracaso total. Ningún crítico habló de él. En diez años se vendieron exactamente quinientos ejemplares.

3° Escribí este libro en el momento en que acababa de asentar mi vida mediante al casamiento; cuando enajenaba voluntariamente una libertad que mi libro, obra de arte, reclamaba tanto más al mismo tiempo. Y cuando lo escribí, yo era, no es necesario decirlo, completamente sincero; pero igualmente sincero en el mentís de mi corazón.

4° Añado que pretendía no quedarme en este libro. Señalaba las características del estado flotante y disponible que pintaba, como señala un novelista las de un personaje que se le parece, pero que inventa; y hasta me parece ahora que no señalé esas características sin desprenderlas de mí, por decirlo así, o, si se prefiere, sin desprenderme de ellas.

5° Se me juzga corrientemente por este libro de juventud, como si la ética de **Los Alimentos** hubiese sido la de toda mi vida, como si, yo el primero, no hubiese seguido el consejo que doy a mi joven lector: "Arroja mi libro y abandóname". Sí, yo abandoné al instante al ser que era cuando escribí **Los Alimentos**; hasta el punto de que si examino mi vida, el rasgo dominante que observo en ella, lejos de ser la inconstancia, es, por lo contrario, la fidelidad. Creo que es infinitamente rara esa fidelidad profunda del corazón y del pensamiento. Pido que se me nombre a quienes antes de morir pueden ver realizado lo que se habían propuesto realizar y ocupó mi lugar junto a ellos.

6° Una palabra más: Algunas personas no saben ver en este libro, o no quieren ver en él, sino una glorificación del deseo y de los instintos. Me parece que son un poco cortos de vista. Yo, cuando lo vuelvo a abrir, lo que veo en él es más bien una apología de la privación. Eso es lo que he retenido de él, abandonando el resto, y a eso es precisamente a lo que sigo siendo fiel. Y es a eso a lo que, como referiré a continuación, he debido unir más tarde la doctrina del Evangelio, para encontrar en el olvido de mí mismo la realización más perfecta de mí mismo, la más alta exigencia y el más ilimitado permiso de dicha.

"Que mi libro te enseñe a interesarte por ti más que por él mismo, y luego por todo lo demás más que por ti". He aquí lo que podías leer ya en la introducción y en las últimas frases de **Los Alimentos**. ¿Por qué obligarme a repetirlo?

A.G.

No te dejes engañar, Natanael, por el título brutal que he tenido a bien dar a este libro; hubiese podido llamarlo Menalcas, pero Menalcas, como tú, nunca existió. El único nombre de hombre con que hubiese

podido cubrirse este libro es el mío propio, pero entonces, ¿cómo me habría atrevido a firmarlo?

Me he puesto en él sin aderezos, sin pudor; y si a veces hablo en él de países que no he visto, de perfumes que no he olido, de actos que no he realizado -o de ti, Natanael mío, a quien no he encontrado todavía-, no es por hipocresía, y tales cosas son más mentirosas que ese nombre, Natanael que me leerás, que yo te doy ignorando el tuyo venidero.

Y cuando me hayas leído, arroja este libro... y sal. Quisiera que te hubiese dado el deseo de salir, de salir de no importa dónde, de tu ciudad, de tu familia, de tu habitación, de tu pensamiento. No lloves mi libro contigo. Si yo fuese Menalcas, habría tomado tu mano derecha para conducirte, pero tu mano izquierda lo habría ignorado, y habría soltado esa mano, estrechada lo más pronto posible, apenas nos hubiésemos hallado lejos de las ciudades, y te habría dicho: olvídate.

Que mi libro te enseñe a interesarte por ti más que por él mismo, y luego por todo lo demás más que por ti.

LIBRO PRIMERO

Mi perezosa dicha, que dormitó

Largo tiempo, se despierta...

HAFIZ.

No desees, Natanael, encontrar a Dios en otra parte que en todas.

Todas las criaturas indican a Dios, ninguna lo revela.

Desde el instante en que nuestra mirada se detiene en ellas, todas las criaturas nos apartan de Dios.

En tanto que otros dan y publican o trabajan, yo pasé tres años de viaje, olvidando, por el contrario, todo lo que había, aprendido con la cabeza. Este olvido fue lento y difícil; pero me fue más útil que todas las enseñanzas impuestas por los hombres, y verdaderamente el comienzo de una educación.

Nunca sabrás los esfuerzos que hemos tenido que hacer para interesarnos por la vida; pero ahora que ella nos interesa, será como todas las cosas: apasionadamente.

Yo castigaba alegremente a mi carne, experimentando más deleite en el castigo que en la falta -tanto me embriagaba el orgullo de no pecar simplemente-.

Suprimir en uno mismo la idea de mérito; hay en ello un gran tropiezo para el espíritu.

... La incertidumbre de nuestros caminos nos atormentó toda la vida. ¿Qué podría decirte yo? Toda elección es espantosa cuando se piensa en ella: es espantosa una libertad a la que no guía un deber. Es una ruta que hay que elegir en un país desconocido por todas partes, en el que cada uno hace su descubrimiento y, obsérvalo bien, no lo hace sino para sí mismo; de modo que la huella más incierta en el África más ignorada es menos dudosa todavía. .. Florestas umbrosas nos atraen; espejismos de fuentes todavía no agotadas... Pero más bien estarán las fuentes en donde las hagan fluir nuestros deseos; pues el país no existe sino a medida que lo forma nuestra proximidad, y el paisaje de alrededor se va disponiendo poco a poco delante de nosotros; y nosotros no vemos

el extremo del horizonte; y hasta cerca de nosotros no hay sino una sucesiva y modificable apariencia.

¿Mas por qué comparaciones en un asunto tan grave? Todos nos creemos en el deber de descubrir a Dios. Pero aunque esperamos encontrarlo no sabemos, ¡ay!, adonde debemos dirigir nuestras plegarias. Luego se dice, en fin, que se halla en todas partes, no importa dónde, el Inhallable, y nos arrodillamos al azar.

Y tú serás, Natanael, semejante a quien siguiera para guiarse una luz que tendría él mismo en su mano.

Adondequiera que vayas no puedes encontrar sino a Dios. Dios, decía Menalcas, es lo que está ante nosotros.

Natanael, lo mirarás todo al pasar y no te detendrás en parte alguna. Dite a ti mismo con razón que solamente Dios no es provisional.

Que la *importancia* esté en tu mirada, no en la cosa contemplada.

Todo lo que guardes en ti de conocimientos distintos seguirá siendo distinto de ti hasta la consumación de los siglos. ¿Por qué le atribuyes tanto precio?

Hay provecho en los deseos, y provecho en la saciedad de los deseos, puesto que aumentan con ella. Pues, te lo digo en verdad, Natanael, cada deseo me ha enriquecido más que la posesión siempre falsa del objeto mismo de mi deseo.

Me he consumido de amor, Natanael, por muchas cosas deliciosas. Su esplendor procedía de que yo ardía sin cesar por ellas. No podía casarme. Todo fervor causaba un desgaste de mi amor, un desgaste delicioso.

Hereje entre los herejes, siempre me atraieron las opiniones descartadas, los extremados rodeos de los pensamientos, las divergencias. Cada espíritu sólo me interesaba por lo que hacía diferir de los otros. Llegué a desterrar de mí la simpatía, no viendo en ella sino el reconocimiento de una emoción común.

De ningún modo la simpatía, Natanael, sino el amor.

Obrar sin *juzgar* si la acción es buena o mala. Amar sin preocuparse de si se ama el bien o el mal.

Natanael, yo te enseñaré el fervor.

Una existencia patética, Natanael, más bien que la tranquilidad. No deseo otro descanso que el del sueño de la muerte. Temo que para sobrevivirla me atormenten todo deseo, toda energía que no haya satisfecho durante mi vida. *Espero*, después de haber expresado en esta tierra todo lo que aguardaba de mí, satisfecho, morir completamente *desesperado*.

De ningún modo la simpatía, Natanael, sino el amor. ¿Tú comprendes, verdad, que no es lo mismo? Por temor a una pérdida de amor he podido a veces simpatizar con tristezas, fastidios y dolores que si no apenas habría soportado. Deja que cada uno cuide de su vida.

(No puedo escribir hoy porque una rueda da vueltas en el hórreo. La vi ayer, batía colza. La cascara volaba; el grano caía al suelo. El polvo sofocaba. Una mujer daba vueltas a la muela. Dos apuestos muchachos, con los pies desnudos, recogían el grano.

Lloro porque no tengo más que decir.

Sé que no se comienza a escribir cuando no se tiene más que decir que eso. Pero, no obstante, he escrito y seguiré escribiendo otras cosas sobre el mismo tema.)

Natanael, me gustaría darte una alegría que no te hubiese dado todavía ningún otro. No sé cómo dártela y, no obstante, poseo esa alegría. Quisiera dirigirme a ti más íntimamente que como lo ha hecho todavía ningún otro. Quisiera llegar a esa hora de la noche en que sucesivamente habrás abierto y luego cerrado muchos libros, buscando en cada uno de ellos más de lo que te haya revelado; hora en la que esperas todavía; en la que tu fervor va a convertirse en tristeza por no

sentirse sostenido. Sólo escribo para ti; sólo escribo para esas horas. Quisiera escribir un libro del que te pareciera ausente todo pensamiento, toda emoción personal, en el que no creyeras ver sino la proyección de tu propio fervor. Quisiera acercarme a ti y que *me ames*.

La melancolía no es sino fervor recaído.

Todo ser es capaz de desnudez; toda emoción, de plenitud.

Mis emociones se han abierto como una religión. Tal vez comprendas esto: toda sensación es de una *presencia* infinita.

Natanael, te enseñaré el fervor.

Nuestros actos se ligan a nosotros como su fulgor al fósforo. Nos consumen, es cierto, pero nos dan nuestro esplendor.

Y si nuestra alma ha valido algo es porque se ha quemado más ardientemente que otras.

Yo os he visto, grandes campos bañados con la blancura del alba; lagos azules, yo me he bañado en vuestras olas y que cada caricia del aire riente me haya hecho sonreír es lo que no me cansaré de repetirte, Natanael. Te enseñaré el fervor.

Si yo hubiese sabido cosas más bellas son ésas las que te habría dicho; ésas, por cierto, y no otras.

No me has enseñado la sabiduría, Menalcas. De ningún modo la sabiduría, sino el amor.

Menalcas es peligroso; témelo; se hace reprobado por los sabios, pero no se hace temer por los niños. Les enseña a no amar ya únicamente a su familia y a abandonarla lentamente; enferma a su corazón con un deseo de agrios frutos salvajes y lo inquieta con un amor extraño. ¡Ah, Menalcas!, contigo habría querido seguir recorriendo otros caminos. Pero tú odiabas la debilidad y pretendías enseñarme a abandonarte.

Hay extrañas posibilidades en cada hombre. El presente estaría lleno con todos los porvenires si el pasado no proyectase ya en él una historia. Pero ¡ay! un pasado único propone un único porvenir, lo proyecta ante nosotros, como un puente infinito en el espacio.

No se está seguro de no hacer nunca sino lo que se es incapaz de comprender. Comprender es sentirse capaz de hacer. *Asumir la mayor cantidad posible de humanidad: ésta es la buena fórmula.*

Formas diversas de la vida: todas me parecisteis bellas, (Esto que te digo es lo que me decía Menalcas.)

Espero haber conocido todas las pasiones y todos los vicios; por lo menos los he favorecido. Todo mi ser se ha precipitado hacia todas las creencias; y estaba tan loco ciertas tardes que casi creía en mi alma, tan cerca de escapar de mi cuerpo la sentía - me decía también Menalcas.

Y nuestra vida habría estado ante nosotros como ese vaso lleno de agua helada, ese vaso húmedo que sostienen las manos de un calenturiento que quiere beber, y que lo bebe de un trago, sabiendo muy bien que debería esperar, pero sin poder rechazar ese vaso delicioso para sus labios, tan fresca es esa agua, de tal modo le pone sediento el ardor de la fiebre.

Yo sentí por Menalcas más que amistad, Natanael, y apenas menos que amor. Lo amé también como a un hermano.

II

¡Ah, cómo he respirado, así, el aire frío de la noche!, ¡ah, ventanas!, y de tal modo los pálidos rayos fluían de la luna, como fuentes a causa de las nieblas, que me parecía beberlos. ¡Ah, ventanas!, cuántas veces mi frente ha sido a ido a refrescarse en vuestros vidrios, y cuántas veces mis deseos, cuando corría de mi lecho demasiado ardiente a mi balcón, para ver el inmenso cielo tranquilo, se han evaporado como brumas.

Fiebres de los días pasados: erais para mi carne un desgaste mortal; ¡pero cómo se agota el alma cuando nada la distrae de Dios!

La firmeza de mi adoración era espantosa; yo me aturdía en ella enteramente.

Buscarás todavía largo tiempo, me dijo Menalcas, la dicha imposible de las almas...

Una vez pasados los primeros días de éxtasis dudoso -pero antes de haber encontrado a Menalcas- hubo un período inquieto de espera y como una travesía de pantano. Zozobraba en las postraciones del sueño, de las que no me curaba el dormir. Me acostaba después de la comida; dormía, me despertaba más cansado todavía, con el espíritu embotado como por una metamorfosis.

Oscuras operaciones del ser; trabajo lento, génesis de lo desconocido, partos laboriosos; somnolencias, esperas; yo dormía como las crisálidas y las ninfas; dejaba formarse en mí al nuevo ser que sería y que ya no se me parecía. Toda luz me llegaba como a través de capas de aguas verdes, a través de hojas y ramajes; percepciones confusas, indolentes, análogas a las de las embriagueces y los grandes aturdimientos, ¡Ah, que venga por fin, suplicaba, la crisis aguda, la enfermedad, el dolor vivo! Y mi cerebro se comparaba a los cielos de tempestades, con pesadas nubes amontonadas, en las que apenas se

respira, en las que todo espera al relámpago para desgarrar a esos odres fuliginosos, llenos de humor, que ocultan el azul.

¿Cuánto duraréis, esperas? Y una vez terminadas, ¿nos quedará de qué vivir? -¡Esperas! ¿Esperas de qué?, gritaba. ¿Qué podía sobrevenir que no naciese de nosotros mismos? ¿Y qué podía nacer de nosotros mismos que no conociésemos ya?

El nacimiento de Abel, mis desposorios, la muerte de Eric, el trastorno de mi vida, lejos de poner fin a esa apatía, parecían volver a zambullirme más en ella, hasta tal punto parecía que ese embotamiento procedía de la complejidad misma de mis pensamientos, y de mis voluntades indecisas. Habría querido dormir, infinitamente, en la humedad de la tierra, como una vegetación. A veces me decía que el deleite saldría al cabo de mi pena, y buscaba en el agotamiento de la carne una liberación del espíritu. Luego volvía a dormir largas horas, como los niños a los que se acuesta a mediodía, amodorrados por el calor, en la casa viviente.

Después me despertaba a gran distancia, sudando, con el pecho agitado y la cabeza somnolienta. La luz que se filtraba por abajo, entre las hendiduras de los postigos cerrados, y enviaba al techo blanco los reflejos verdes del césped, esa claridad del crepúsculo era para mí la única cosa deliciosa, semejante a la claridad que parece dulce y encantadora cuando llega entre las hojas y las aguas, y que tiembla en el umbral de las grutas, después de que durante largo tiempo os habéis envuelto en sus tinieblas.

Los ruidos de la casa llegaban vagamente. Yo renacía lentamente a la vida. Me lavaba con agua tibia e iba lleno de tedio hacia la llanura, hasta el banco del jardín en que esperaba la llegada de la noche sin hacer nada. Para hablar, para escuchar, para escribir, me hallaba perpetuamente fatigado, Leía:

*".. .Él ve ante sí
los caminos desiertos.
Los pájaros marinos que se bañan
extendiendo sus alas...
Tengo que vivir aquí...
...Me obligan a quedarme
bajo los follajes del bosque,
bajo la encina, en esta caverna subterránea.
Fría es esta casa de tierra;
estoy cansado de ella.
Oscuros son los valles
y altas las colinas,
triste cerro de ramas,
cubiertos de espinos,
morada sin alegría" ¹ .*

El sentimiento de una plenitud de vida, posible, pero aún no obtenida, se dejaba entrever a veces, y luego reaparecía, cada vez más obsesionante. ¡Ah, que se abra por fin un espacio de luz, clamaba yo, que estalle en medio de estas perpetuas represalias!

Parecía que todo mi ser tuviera como una inmensa necesidad de fortificarse en lo nuevo. Esperaba una segunda pubertad. ¡Ah!, rehacer para mis ojos una visión nueva, lavarlos de la suciedad de los libros, hacerlos más semejantes al azul que contemplaban -ahora completamente aclarado por las recientes lluvias...

Caí enfermo; viajé, encontré a Menalcas, y mi convalecencia maravillosa fue una palingenesia. Renací con un ser nuevo, bajo un cielo nuevo y entre cosas completamente renovadas.

¹ The exile's song

III

Natanael, te hablaré de las esperas. He visto esperar a la llanura durante el estío, esperar un poco de lluvia. El polvo de los caminos se había hecho demasiado liviano y cada soplo lo levantaba. No era ya ni siquiera un deseo; era una aprensión. La tierra se rajaba de sequedad como para recibir más agua. Los perfumes de las flores de la estepa se hacían casi intolerables. Bajo el sol todo desfallecía, íbamos todas las tardes a descansar bajo la terraza, un poco al resguardo del extraordinario resplandor del sol. Era la época en que los árboles coníferos, cargados de polen, agitan fácilmente sus ramas para esparcir a lo lejos su fecundación. El cielo estaba tormentoso y toda la naturaleza esperaba. El instante era de una solemnidad demasiado agobiante, pues todos los pájaros callaban. Ascendía de la tierra un soplo tan ardiente que se sentía cómo todo desfallecía; el polen de las coníferas salía de las ramas como un humo de oro. Luego empezó a llover.

He visto al cielo estremecerse a la espera del alba. Las estrellas palidecían una a una. Los prados se hallaban inundados de rocío; el aire no tenía sino caricias glaciales. Pareció durante algún tiempo que la vida indistinta quería demorarse en el sueño, y mi cabeza todavía cansada se llenaba de embotamiento. Subí hasta el linde del bosque; me senté; cada animal reanudó su trabajo y su alegría en la certidumbre de que iba a llegar el día, y el misterio de la vida comenzó de nuevo a propalarse por cada escotadura de las hojas. Luego llegó el día.

He visto también otras auroras. He visto la espera de la noche...

Natanael, que cada espera, en ti, no sea ni siquiera un deseo, sino sencillamente una disposición para la acogida. Espera todo lo que viene a ti; pero no desees sino lo que viene a ti. No desees sino lo que tienes. Comprende que en cada instante del día puedes poseer a Dios en su

totalidad. Que tu deseo sea de amor, y que tu posesión sea amorosa. ¿Pues qué es un deseo que no es eficaz?

¡Cómo, Natanael, posees a Dios y no te habías dado cuenta de ello! Poseer a Dios es verlo; pero no se le mira. Y tú, Balaham, ¿no has visto a Dios a la vuelta de algún sendero, al detenerse tu asno ante Él? Porque te lo imaginabas de otro modo.

Natanael, sólo a Dios no se puede esperar. Esperar a Dios, Natanael, es no comprender que lo posees ya. No distingas a Dios de la dicha y pon toda tu dicha en el instante.

He llevado todo mi bien en mí, como las mujeres del pálido Oriente llevan consigo su fortuna completa. En cada pequeño instante de mi vida he podido sentir en mí la totalidad de mi fortuna. Estaba formada, no por la suma de muchas cosas particulares, sino por mi única adoración. He tenido constantemente toda mi fortuna a mi completa disposición.

Contempla el atardecer como si el día debiera morir en él; y la mañana como si en ella nacieran todas las cosas. Que tu visión sea nueva en todos los instantes. El sabio es el que se asombra de todo.

Toda tu fatiga cerebral proviene, Natanael, de la diversidad de tus bienes. Ni siquiera sabes cuál prefieres entre todos y no comprendes que el único bien es la vida. El más pequeño instante de vida es más fuerte que la muerte, y la niega. La muerte no es sino el permiso de otras vidas, para que todo sea renovado sin cesar; a fin de que ninguna forma de vida detenga eso más tiempo del que necesita para ser nombrado. Dichoso el instante en que resuena tu palabra; Durante todo el resto del tiempo, escucha; pero cuando hables no escuches.

Es necesario, Natanael, que quemes en ti todos los libros.

RONDA

PARA ADORAR LO QUE HE QUEMADO

Hay libros que se leen sentado en una tablilla

ante un pupitre de escolar.

Hay libros que se leen caminando

(también a causa de su tamaño);

unos son para los bosques, otros para otros campos,

Et nobiscum rusticantur, dice Cicerón.

Los hay que leo en diligencia;

Otros acostado en el fondo de los trojes de heno.

Los hay para hacer creer que se tiene un alma;

otros para desesperarla.

Hay algunos en los que se demuestra la existencia de

Dios, otros en los que no se puede llegar a ello.

Hay libros que no se admitirían

sino en las bibliotecas particulares.

Los hay que han sido elogiados

por muchos críticos autorizados.

Hay libros en los que no se trata sino de apicultura

y que algunos encuentran algo especializados;

otros en los que se trata de tal modo de la naturaleza

que luego no merece la pena pasearse.

Hay libros que desprecian los hombres sabios,

pero que excitan a los niños.

Los hay que se llaman antologías

y en los que se ha puesto todo lo mejor que se ha dicho

sobre no importa qué.

Los hay que desearían haceros amar la vida;

otros después de escribir los cuales el autor se ha

suicidado.

*Los hay que son queridos como hermanos
y recogen lo que han sembrado.*

*Los hay que, cuando se los lee, parecen resplandecer,
llenos de éxtasis, deliciosos de humildad.*

*Los hay que son queridos como hermanos
más puros que nosotros y que han vivido mejor.*

*Los hay en extraordinarios caracteres
y que no se comprenden ni siquiera cuando se los ha
estudiado mucho.*

Natanael, ¡cuándo habremos quemado todos los libros!

*Los hay que no valen cinco centavos,
y otros que valen precios considerables.*

*Los hay que hablan de reyes y de reinas,
y otros, de personas muy pobres.*

*Los hay con palabras más dulces
que el rumor de las hojas al mediodía.*

*Hay un libro que comió Juan en Patmos,
como una rata; yo prefiero las frambuesas.*

*Eso le llenó de amargura las entrañas
y luego tuvo muchas visiones.*

Natanael, ¡cuándo habremos quemado todos los libros!

No me basta con leer que las arenas de las playas son suaves; quiero que mis pies desnudos lo sientan... Me es inútil todo conocimiento que no haya sido precedido de una sensación.

Nunca he visto nada suavemente bello en este mundo sin desear en seguida que toda mi ternura lo toque. Amorosa belleza de la tierra: el desfloramiento de tu superficie es maravilloso. ¡Oh paisaje en que se ha

hundido mi deseo! Región abierta en que mi rebusca se pasea; avenida de papiros que se cierra sobre el agua; cañas curvadas sobre la ribera; aberturas de los claros; aparición de la llanura en la apertura de los ramajes, de la promesa ilimitada. Me he paseado por los pasillos de rocas o de plantas. He visto desarrollarse primaveras.

VOLUBILIDAD DE LOS FENÓMENOS

Desde ese día, cada instante de mi vida adquirió para mí el sabor de novedad, de un don absolutamente inefable. Así viví en una casi perpetua estupefacción apasionada. Llegué muy pronto a la embriaguez y gocé en caminar con una especie de aturdimiento.

Es cierto que he querido besar toda la risa que he encontrado en los labios; que he querido beber toda la sangre que he encontrado en las mejillas, las lágrimas que he encontrado en los ojos; que he querido morder la pulpa de todos los frutos que han tendido hacia mí las ramas. En cada posada me saludaba un hambre; en cada fuente me esperaba una sed -una sed, ante cada una, particular-; y habría querido otras palabras para marcar mis otros deseos

de marcha, donde se abría un camino;

de descanso, donde la sombra invitaba;

de nado, al borde de aguas profundas;

de amor o de sueño al borde de cada lecho.

He puesto audazmente mi mano sobre cada cosa y me he creído con derecho a cada objeto de mis deseos. (Y, por otra parte, lo que anhelamos, Natanael, no es tanto la posesión como el amor.) ¡Ah, que ante mí todo se irise, que toda belleza se revista y se matice con mi amor!

LIBRO SEGUNDO

¡Alimentos!

¡Cuento con vosotros, alimentos!

Mi hambre no se calmará a mitad de camino;

no se saciará sino satisfecha;

las reprensiones nada conseguirán

y con las privaciones sólo he podido alimentar a mi alma.

¡Satisfacciones! Os busco. .

Sois bellas como las auroras del estío.

Manantiales más delicados en el atardecer, deliciosos a mediodía;
aguas heladas de la madrugada; soplos al borde de las olas; golfos
llenos de arboladuras; tibieza de las riberas cadenciosas...

¡Oh! Todavía hay caminos hacia la llanura; tufos del mediodía;
brebajes de los campos, y por la noche el hueco de los almiares;

Hay caminos hacia el Oriente; estelas en los mares amados;
jardines en Mossul; danzas en Tuggurt; cantos de pastor en Helvecia;

Hay caminos hacia el Norte; ferias en Nijni; trineos que levantan la
nieve; lagos helados; en verdad, Natanael, no se cansarán nuestros
deseos.

A nuestros puertos han llegado barcos que traen los frutos maduros
de playas ignoradas. Hay que descargarlos con cierta presteza para que
por fin los podamos gustar.

¡Alimentos!

¡Cuento con vosotros, alimentos!

Satisfacciones, os busco;

Sois bellas como las risas del estío.

Sé que no siento un deseo
Que no tenga ya preparada su respuesta.
Cada una de mis hambres espera su recompensa.
¡Alimentos!
¡Cuento con vosotros, alimentos!
Por todo el espacio os busco,
Satisfacciones de todos mis deseos.
Lo más bello que he conocido yo en la tierra,
¡Ah Natanael! es mi hambre.
Siempre fue fiel
A todo lo que siempre esperaba.

¿Acaso se embriagaba con vino el ruiseñor?
¿Y el águila con leche? ¿O con enebro los zorzales?

El águila se embriagaba con su vuelo. El ruiseñor se embriagaba con las noches de estío. La llanura tiembla de calor. Natanael, que toda emoción sepa convertirse en embriaguez para ti. Si lo que comes no te embriaga es que no tenías hambre.

A cada acción perfecta acompaña la voluptuosidad. Y por ésta conoces que debías cumplirla. No me gustan aquellos que se atribuyen un mérito por haber obrado penosamente. Pues si les era penoso, habrían hecho mejor en hacer otra cosa. La alegría que en él se encuentra es señal de la apropiación del trabajo, y la sinceridad de mi placer, Natanael, es para mí la guía más importante.

Yo sé que mi cuerpo puede desear deleite cada día y que mi cabeza lo soporta. Y luego comenzará mi sueño. Tierra y cielo nada valen para mí en el más allá.

Hay enfermedades extravagantes

Que consisten en querer lo que no se tiene.

-Nosotros también, dirán ellos, nosotros también habríamos conocido el lamentable tedio de nuestra alma. Desde la caverna de Adullam suspirabas, David, por el agua de las cisternas. Decías: -¡Oh, quién me traerá el agua fresca que brotaba al pie de las murallas de Belén! Cuando era niño, apagaba mi sed con ella; pero ahora está cautiva esa agua que mi fiebre desea.

Nunca desees, Natanael, volver a probar las aguas del pasado.

Nunca desees, Natanael, volver a probar las aguas del en el futuro. Toma de cada instante la novedad sin par y no prepares tus goces, o sabe que en su lugar preparado te sorprenderá un goce *distinto*.

¿Acaso no has comprendido que toda dicha es esperada y se presenta a ti en cada instante como un mendigo en tu camino? Desdichado de ti si dices que tu felicidad ha muerto porque no habías soñado semejante a eso tu felicidad, y no la admites sino de acuerdo con tus principios y tus deseos.

El sueño de mañana es un goce, pero el goce de mañana es otro distinto y felizmente nada se parece al sueño que se había tenido de él; pues cada cosa vale de manera *diferente*.

No me gusta que me digáis: ven, te he preparado tal goce; no me gustan sino los goces del azar, y los que mi voz hace brotar de la roca; fluirán así para nosotros, nuevos y fuertes, como fluyen del lagar los vinos nuevos.

No me gusta que engalanen mi goce, ni que la Sulamita haya pasado por salones; para besarla no he enjugado en mi boca las manchas que habían dejado los racimos; tras los besos he bebido vino dulce sin haber refrescado mi boca; y he comido miel de abeja con su cera.

Natanael, no prepares ninguno de tus goces.

Donde no puedas decir: *tanto mejor*, di *tanto peor*. Hay en ello grandes promesas de felicidad.

Hay quienes consideran los instantes de felicidad como dados por Dios, y los otros como dados ¿por Quién otro?...

Natanael, no distingas a Dios de tu felicidad.

-Yo no puedo agradecer a "Dios" que me haya creado, como no podría odiarle a no existir si yo no existiera.

Natanael, no hay que hablar de Dios sino naturalmente.

Quiero que, una vez admitida la existencia, la de la tierra y del hombre y la mía parezca natural, pero lo que confunde mi inteligencia es el estupor de darme mente.

Por cierto, yo también he cantado cánticos y he escrito la...

RONDA

DE LAS BUENAS PRUEBAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS

Natanael, te enseñaré que los más bellos movimientos poéticos son los que tratan de las mil y una pruebas de la existencia de Dios. Comprendes, ¿no es verdad?, que no se trata aquí de repetirlas, ni sobre todo de repetirlas simplemente; -y, además, las hay que solamente prueban la existencia- y lo que necesitamos es también su permanencia.

Sé muy bien, ¡ah!, sí, que existe el argumento de San Anselmo, y el apólogo de las perfectas islas Afortunadas.

Pero ¡jay! ¡jay!, Natanael, todo el mundo no puede vivir en ellas.

Sé que hay el asentimiento de la mayoría,

Más tú crees en el pequeño número de los elegidos.

Hay la prueba mediante el dos y dos son cuatro,

Pero, Natanael, no todo el mundo sabe calcular bien.

*Hay la prueba del primer motor,
pero hay quien existía antes que él.
Natanael, es fastidioso que no estuviéramos allí.
Habríamos visto crear al hombre y la mujer,
y a éstos sorprenderse de no haber nacido niños;
y a los cedros del Elbrouz fatigado de no ser ya seculares
y en montes ya abarrancados por las aguas.*

Natanael, ¡si hubiéramos estado allí para la aurora!

¿Por qué pereza no nos habíamos levantado todavía?

¿Acaso tú no me pedías que te diera la vida? ¡Ah, yo la pedía ciertamente!... Pero en ese tiempo el espíritu de Dios apenas despertaba, después de haber dormido fuera del tiempo en las aguas. Si hubiese estado allí, Natanael, le habría pedido que lo hiciera todo un poco más vasto; y no me respondas tú que en ese caso nadie se habría dado cuenta de ello¹.

Hay la prueba por las causas finales.

Pero no todos creen que el fin justifica los medios.

Las hay que demuestran a Dios por el amor que se siente por Él. He aquí por qué, Natanael, he llamado Dios a todo lo que amo, y por qué he querido amarlo todo. No temas que te enumere; además, no comenzaría por ti; he preferido muchas cosas a los hombres y no es a ellos a los que he amado sobre todo en la tierra. Pues no te engañes, Natanael: lo más fuerte que hay en mí no es ciertamente la bondad, ni creo que sea lo mejor; y tampoco es la bondad lo que estimo sobre todo en los hombres. Natanael, prefiere a ellos tu Dios. Yo también he sabido

¹ Puedo concebir perfectamente otro mundo, dijo Alcides, donde dos y dos no sean cuatro.

-Caramba, le desafío a que no...", dijo Menalcas.

loar a Dios, he cantado para Él cánticos, y hasta creo que al hacerlo lo he encarecido un poco a veces.

-¿Tanto te divierte -me dice él- edificar así sistemas?

-Nada me divierte más que una ética -respondo- y con ello satisfago a mi espíritu. No disfruto de un goce que no quiera ligar a ella.

-¿Eso lo aumenta?

-No -le digo-, eso me lo legitima.

En verdad, me ha agradado con frecuencia que una doctrina y hasta un sistema completo de pensamientos ordenados justificase ante mi mismo mis actos; pero a veces no lo he podido considerar sino como el resguardo de mi sensualidad.

Todas las cosas llegan a su tiempo, Natanael; cada una de ellas nace de su necesidad y no es, por decirlo así, sino una necesidad exteriorizada.

Yo tenía necesidad de un pulmón, me ha dicho el árbol: entonces mi savia se ha convertido en hoja para que pudiera respirar por ella. Luego, cuando ha respirado, mi hoja ha caído y yo no he muerto por ello. Mi fruto contiene todo mi pensamiento sobre la vida.

Natanael, no temas que abuse de esta forma de apólogo, pues no me gusta mucho. No quiero enseñarte más sabiduría de la vida. Pues el pensar es una gran zozobra. Cuando era joven me fatigué siguiendo de lejos las consecuencias de mis actos y no estaba seguro de no pecar sino a fuerza de no obrar.

Luego escribí: no debo la salvación de mi carne sino al irremediable envenenamiento de mi alma. Después ya no comprendí en absoluto lo que había querido decir con eso.

Natanael, no creo ya en el pecado.

Pero tú comprenderás que sólo con mucha alegría se compra un poco de derecho a pensar. El hombre que se dice dichoso y que piensa es el que será llamado verdaderamente fuerte.

Natanael, la desdicha de cada uno proviene de que es siempre cada uno quien mira y subordina a sí mismo lo que ve. No es por nosotros, sino por ella, por lo que cada cosa es importante. Que tu ojo sea la cosa mirada.

Natanael, no puedo comenzar un solo verso sin que aparezca en él tu nombre delicioso.

Natanael, quisiera hacerte venir al mundo.

Natanael, ¿comprendes lo suficiente el patetismo de mis palabras? Quisiera acercarme a ti más todavía.

Y como para resucitarlo, se tendió Elíseo sobre el hijo de la Sulamita -"la boca sobre su boca, y los ojos sobre sus ojos, y las manos sobre sus manos"-, yo deseo tender mi gran corazón radiante sobre tu alma todavía tenebrosa, tenderme sobre ti todo entero, mi boca sobre tu boca, y mi frente sobre tu frente, tu manos frías en mis manos ardientes, y mi corazón palpitante... ("Y la carne del niño se calentó otra vez", está escrito...) a fin de que en el deleite te despiertes -y luego me dejes- para una vida palpitante y desordenada.

Natanael, he aquí todo el calor de mi alma -llévalo.

Natanael, quiero enseñarte el fervor.

Natanael, no te demores junto a quien se te parece; no te *demores* nunca. Natanael. En cuanto un ambiente ha tomado tu semejanza, o tú te has hecho semejante al ambiente, ya no es provechoso para ti. Es necesario dejarlo. Nada es más peligroso para ti que *tu familia*, que *tu* habitación, que *tu* pasado. No tomes de cada cosa sino la educación que ella te aporte; y que el placer que de ella mana la agote.

Natanael, yo te hablaré de los *instantes*. ¿Has comprendido la fuerza que tiene su presencia? Un pensamiento no bastante constante de

la muerte no ha dado valor suficiente al más pequeño instante de tu vida. ¿Y no comprendes que cada instante no tomaría ese brillo admirable sino destacado, por decirlo así, sobre el fondo muy oscuro de la muerte?

Ya no trataría de hacer nada si se me dijese, si se me demostrase, que tengo todo el tiempo para hacerlo. Descansaría antes de haber querido comenzar una cosa si tuviera tiempo de hacer *también* todas las otras. Lo que haría no sería nunca cualquier cosa si no supiese que esta forma de vida debe terminar, y que habiéndola vivido descansaré de ella en un sueño un poco más profundo, un poco más olvidadizo que el que espero de cada noche...

Y tomé así la costumbre de *separar* cada instante de mi vida para una totalidad de goce aislado; para concentrar en él súbitamente toda una particularidad de la dicha; de modo que ya no me reconocía desde el recuerdo más reciente.

Hay ya un gran placer, Natanael, en afirmar sencillamente:

El fruto de la palmera se llama dátil y es un manjar delicioso.

El vino de la palmera se llama "lagmy" y es su savia fermentada; los árabes se emborrachan con él y a mí no me gusta mucho. Una copa de "lagmy" es lo que me ofreció aquel pastor cabileño en los bellos pardines de Uardi.

Encontré esta mañana, en una alameda de los *Manantiales*, paseando por ella, un hongo extraño.

Envuelto en una vaina blanca, era como un fruto de magnolia rojo anaranjado, con dibujos regulares de color ceniciento formados, según se comprendía, de polvo esporaginoso salido del interior. Lo abrí y estaba lleno de una materia lodosa, que formaba en el centro una jalea clara. Salía de él un olor nauseabundo.

A su alrededor otros hongos más abiertos no eran ya sino como esas fungosidades aplastadas que se ven en el tronco de los árboles viejos.

(Escribí esto antes de partir para Túnez; y te lo copio aquí para mostrarte qué importancia adquiría para mí cada cosa apenas la miraba.)
Honfleur (en la calle).

Y por momentos me parecía que quienes me rodeaban no se agitaban sino para aumentar en mí la sensación de mi vida personal.

*Ayer estaba aquí; hoy estoy allí;
¡Dios mío! ¿qué me importan todos esos
que dicen, que dicen, que dicen:
ayer estaba aquí, hoy estoy allí...?*

Sé de días en los que el repetirme que dos y dos seguían siendo cuatro bastaba para llenarme de cierta beatitud -y la sola vista de *mi* puño en la mesa...

y de otros días en los que eso me era completamente indiferente.

LIBRO TERCERO

Villa Borghése.

En esa fuente... (Penumbra)... cada gota, cada rayo, cada ser se moría con voluptuosidad.

-¡Voluptuosidad! Quisiera repetir sin cesar esta palabra; quisiera que fuese sinónima de bienestar, y hasta que bastara con decir estar, simplemente.

¡Ah!, que Dios no haya creado el mundo sólo para eso es lo que no se llega a comprender sino diciéndose... etcétera.

Era un lugar de frescor exquisito, en el que el encanto de dormir era tan grande que hasta entonces parecía desconocido.

Y allí esperaban alimentos deliciosos a que tuviésemos hambre de ellos.

Adriático (3 de la mañana)

El canto de esos marineros en las jarcias me importuna.

¡Oh, si supieras, si supieras, tierra excesivamente vieja y tan joven, el gusto amargo y dulce, el gusto delicioso que tiene la vida tan breve del hombre!

¡Si supieras, eterna idea de la apariencia, el valor que da al instante la próxima espera de la muerte!

¡Oh, primavera! Las plantas que viven sólo un año tienen más apretadas sus frágiles flores. El hombre no tiene más que una primavera en la vida y el recuerdo de un goce no es una nueva aproximación de la dicha.

Colina de Fiésole

Bella Florencia, ciudad de estudio grave, de lujo y de flores; sobre todo seria; grano de mirto y corona de "laurel esbelto".

Colina de Vincigliata. Allí vi por primera vez disolverse las nubes en el azul; ello me sorprendió mucho, pues no pensaba que pudiesen reabsorberse así en el cielo y creía que durarían hasta la lluvia y sólo podían espesarse. Pero, no; observé cómo desaparecían uno a uno todos sus copos; no quedó más que azul. Fue una muerte maravillosa, un desvanecimiento en pleno cielo.

Roma, Monte Pincio.

Lo que me hizo gozar ese día fue algo como el amor -y que no era el amor- o por lo menos no era ese amor del que hablan y que buscan los hombres. Pero tampoco era la sensación de la belleza. No procedía de una mujer; tampoco procedía de mi pensamiento. ¿Escribiré y me comprenderás si digo que no era sino la simple exaltación de la LUZ?

Me hallaba sentado en el jardín; yo no veía el sol, pero el aire brillaba con una luz difusa, como si el azul del cielo se hiciese líquido y lloviese. Sí, verdaderamente, había olas, remolinos de luz; en el musgo chispas como gotas; sí, verdaderamente, se habría dicho que fluía la luz por aquella alameda y en el extremo de las ramas quedaban espumas doradas entre aquel chorro de rayos.

Napóles: pequeña peluquería frente al mar y el sol. Muelles de calor; cortinas que se levantan para entrar. Uno se abandona. ¿Va a durar esto largo tiempo? Quietud. Gotas de sudor en las sienes. Temblor de la espuma de jabón en las mejillas. Y él, que refina después de afeitarse, que vuelve a afeitarse con una navaja más débil, ayudándose ahora con una esponjita empapada en agua tibia que suaviza la piel, levanta el labio. Después, con una dulce agua perfumada, lava la quemadura que queda; y luego, con un ungüento, sigue calmando. Y para no moverme todavía, me hago cortar los cabellos.

Amalfi (por la noche)

Hay esperas nocturnas
de aún no se sabe qué amor.

Pequeña habitación sobre el mar; me ha despertado la excesiva claridad de la luna, de la luna sobre el mar.

Cuando me acerqué a la ventana creía que era el alba y que iba a ver salir el sol... Pero, no... (cosa ya plena y perfectamente acabada) -la luna- suave, suave, suave como para la acogida de Helena en el segundo Fausto. Mar desierto. Ciudad muerta. Un perro ladra en la noche. .. Andrajos en unas ventanas.

No hay lugar para el hombre. No comprender ya cómo va a despertarse todo eso. Desolación excesiva del perro. El día no tendrá ya lugar. Imposibilidad de dormir. ¿Acaso harás... (Esto o aquello):

Saldrás al jardín desierto?

Descenderás hacia la playa, para lavarte en ella?

Irás a coger naranjas, que parecen grises bajo la luna?

¡Con una caricia consolarás al perro!

(¡Tantas veces he sentido a la naturaleza reclamarme

Un gesto y no he sabido cuál darle!)

Esperar al sueño que no vendrá...

Un niño me siguió a aquel jardín rodeado de muros, enganchándose a la rama que rozaba la escalera. La escalera llevaba a terrazas que rodeaban al jardín; no parecía que se pudiera entrar en él.

¡Oh figurita que acaricié bajo las hojas!, nunca bastante sombra habría podido velar tu resplandor, y la sombra de los rizos en tu frente parecía cada vez más oscura.

Bajaré a ese jardín, colgándome de los bejucos y las ramas, y sollozaré de ternura bajo esos bosquecillos más llenos de cantos que una pajarera, hasta la llegada del crepúsculo, hasta el anuncio de la noche que dorará y más tarde ahondará el agua misteriosa de las fuentes.

Los cuerpos delicados bajo el ramaje unidos.

Toqué con tierno dedo su nacarada piel.

Y en la suave arena

Vi posarse sin ruido sus delicados pies.

.. Siracusa.

Barca de fondo plano; cielo que a veces descendía hasta nosotros en lluvia tibia; olor de limo de las plantas de agua, estregamiento de los tallos.

La profundidad del agua disimula la salida abundante de este manantial azul. Ningún ruido; en este campo solitario, en este pilón natural ensanchado, es como una aparición de agua entre papiros.

Túnez.

En todo el azul del cielo no hay más blanco que el que sería necesario para una vela, ni más verde que el necesario para su sombra en el agua.

La noche. Sortijas que brillan en la sombra.

Claridades de luna en que se vaga. Pensamientos diferentes de los del día.

Nefasta claridad lunar en el desierto. Los demonios que rondan los cementerios. Los pies desnudos en las losas azules.

Malta.

Extraordinaria embriaguez de los crepúsculos de estío en las plazas, cuando todavía hay mucha luz y sin embargo no hay sombras. Exaltación muy especial.

Natanael, te hablaré de los jardines más bellos que he visto:

En Florencia vendían rosas; ciertos días toda la ciudad embalsamaba. Todos los días al anochecer me paseaba por los Cascines y los domingos por los jardines Boboli sin flores.

En Sevilla hay, cerca de la Giralda, un antiguo patio de mezquita; crecen en él naranjos en lugares simétricos; el resto del patio está enlosado; los días de mucho sol no hay sino una pequeña sombra reducida; es un patio cuadrado, rodeado de muros; tiene una gran belleza, no sé explicarte por qué.

Fuera de la ciudad, en un enorme jardín cerrado con verjas, crecen muchos árboles de los países cálidos; no entré en él, pero lo contemplé a través de las verjas; vi correr a unas pintadas y pensé que había allí muchos animales domesticados.

¿Qué te diría del Alcázar, jardín con apariencia de maravilla persa? Creo, al hablarte de él, que lo prefiero a todos los otros. Pienso en él al releer a Hafiz:

*"Traedme vino
Para que manche mi vestido,
Pues me tambaleo de amor
Y me llaman sabio".*

Hay en las alamedas saltos de agua dispuestos; las alamedas tienen enlosados de mármol, bordeados de mirtos y cipreses. A los dos lados hay fuentes de mármol en las que se lavaban las amantes del rey. No se ven más flores que rosas, narcisos y flores de laurel. En el fondo del jardín hay un árbol gigantesco, en el que se figura un bulbul prendido con alfileres. Cerca del palacio otras fuentes de muy mal gusto recuerdan a las de los patios de la Residencia de Munich, donde hay estatuas hechas completamente con conchas.

A los jardines reales de Munich es adonde fui una primavera para saborear helados con gusto a hierba de mayo, cerca de una obstinada música militar. Un público inelegante, pero melómano. El crepúsculo se encantaba con ruseñores patéticos. Su canto me hacía languidecer como el de una poesía alemana. Hay cierta intensidad de delicias que el hombre apenas puede rebasar y no sin lágrimas. Las delicias mismas de esos jardines me hacían pensar casi dolorosamente que muy bien podía haber estado en otra parte. Fue durante ese estío cuando aprendí a gozar más particularmente de las temperaturas. Los párpados son admirablemente aptos para eso. Me acuerdo de una noche en un coche de tren, noche que pasé ante la ventana abierta, ocupado únicamente en gustar el contacto del soplo más fresco; cerraba los ojos, no para dormir, sino para eso. El calor había sido, durante todo el día, sofocante, y en ese atardecer el aire, todavía tibio no obstante, parecía fresco y líquido a mis párpados inflamados.

En Granada las terrazas del Generalife, plantadas con adelfas, no estaban floridas cuando yo las vi; ni el Campo Santo de Pisa; ni el pequeño claustro de San Marcos, que yo hubiese querido rebosante de rosas. Pero en Roma vi al Monte Pincio en la estación más bella. En las tardes agobiadoras se iba allá en busca de frescor. Como vivía cerca, me paseaba por allí todos los días. Yo estaba enfermo y no podía pensar en nada; la naturaleza me penetraba; ayudado por una perturbación nerviosa, a veces ya no sentía los límites de mi cuerpo; éste continuaba mas allá, o, en ocasiones, voluptuosamente, se hacía poroso como el azúcar; me fundía. Desde el banco de piedra en que me sentaba se dejaba ver Roma, que me extenuaba, y se dominaban los jardines Borghése, cuya inclinación ponía al nivel de mis pies las cimas un poco lejanas de los más altos pinos. ¡Oh, terrazas, terrazas de las que se lanza el espacio! ¡Oh, navegación aérea!...

Por la noche habría querido vagar por los jardines Farnesio, pero no dejaban entrar en ellos. Admirable vegetación sobre esas ruinas disimuladas.

En Nápoles hay jardines bajos que siguen a la mar como un muelle y dejan entrar al sol;

En Nimes, la Fuente, llena de aguas claras canalizadas.

En Montpellier, el jardín botánico. Recuerdo que una noche, como en los jardines de Academo, me senté con Ambroise sobre una tumba antigua que hay allí rodeada de cipreses; y conversamos lentamente masticando pétalos de rosas.

Una noche vimos desde el Peyrou la mar lejana y que la luna plateaba; junto a nosotros se propalaban las casadas del arca de agua de la ciudad; cisnes negros con franjas blancas nadaban en el tranquilo estanque.

En Malta fui a leer a los jardines del residente; había en Cita Vecchia un bosque de limoneros muy pequeño; lo llamaban "il Boschetto"; nos deleitamos en él y mordimos limones maduros cuyo sabor primero es de una acidez intolerable, pero que luego deja en la boca un aroma refrescante. Los mordimos también en las crueles lizas de Siracusa.

Por el parque de La Haya circulan gamos no demasiado salvajes.

Desde el jardín de Avranches se ve el Mont Saint-Michel y las arenas lejanas, por la noche, parecen una materia incendiada. Hay ciudades muy pequeñas que tienen jardines encantadores; se olvida la ciudad, se olvida su nombre, y se anhela ver de nuevo el jardín, pero no se sabe ya volver a él.

Sueño con los jardines de Mossul; me han dicho que están llenos de rosas. Omar cantó los de Nashpur, y Hafiz los jardines de Shiraz; nosotros nunca veremos los jardines de Nashpur.

Pero en Biskra conocí los jardines de Uardi. Los niños guardan las cabras en ellos.

En Túnez no hay más jardín que el cementerio. En Argel, en el jardín de Essai (palmeras de toda especie) he comido frutos que nunca había visto anteriormente. ¿Y qué te diré de Blidh, Natanael?

¡Ah, qué dulce es la hierba del Sahel! ¡y tus flores de naranja! ¡y tus sombras! Son suaves los olores de tus jardines. ¡Blidan! ¡Blidah! ¡Rosa diminuta! A comienzos del invierno te había desconocido. Tu bosque sagrado no tenía más hojas que las que una primavera no renueva; y tus glicinas y bejucos parecían sarmientos para la llama. La nieve descendida de las montañas se acercaba a ti; yo no podía calentarme en mi habitación, y menos todavía en tus jardines lluviosos. Leía la *Doctrina de la Ciencia* de Fichte y sentía que me hacía religioso. Yo era suave; decía que era necesario resignarse a la tristeza y trataba de hacer una virtud de todo ello. Ahora he sacudido a este respecto el polvo de mis sandalias. ¿Quién sabe adonde lo llevó el viento? Polvo del desierto por el que vagué como un profeta; piedra demasiado árida y esterilizada: para mis pies fue ardiente (pues el sol lo había calentado enormemente). ¡Que mis pies descansen al presente en la hierba del Sahel! ¡Que todas nuestras palabras sean de amor!

¡Blidah! ¡Blidah! ¡Flor del Sahel! ¡Rosa diminuta! Te he visto tibia y perfumada, llena de hojas y flores. La nieve del invierno había huido. En tu jardín sagrado brillaba místicamente tu mezquita blanca y el bejuco se doblaba bajo las flores. Un olivo desaparecía bajo las guirnaldas que le formaba una glicina. El aire suave aportaba el perfume que se alzaba de las flores de naranjo y hasta los delgados mandarinos embalsamaban. Desde la más alta de sus altas ramas los eucaliptos liberados dejaban caer su corteza vieja; ésta pendía, protección gastada, como un vestido que el sol hace inútil, como mi vieja moral que no servía sino para el invierno.

Blidab.

Los tallos enormes del hinojo (el brillo de su florescencia de color oro verdoso, bajo la luz de oro o bajo las hojas azuladas de los eucaliptos inmóviles) eran de un esplendor incomparable en esa mañana del primer estío, en el camino que seguíamos en el Sahel.

Y los eucaliptos asombrados o tranquilos.

Participación de cada cosa en la naturaleza; imposibilidad de salir de ella. Leyes físicas envolventes. Vagón que se lanza en la noche; por la mañana se cubre de rocío.

A bordo.

¡Cuántas noches, ah, vidrio redondo de mi camarote, tragaluz cerrado, cuántas noches miré hacia ti desde mi litera, diciéndome: he aquí que cuando este ojo blanquee será el alba; entonces me levantaré y sacudiré mi malestar; y el alba lavará el mar; y nosotros llegaremos a la tierra desconocida! Llegó el alba sin que el mar se hubiese calmado; la tierra aún estaba lejos y sobre la faz inmóvil de las aguas se tambaleaba mi pensamiento.

El malestar de las olas del que toda la carne se acuerda. ¿Engancharé un pensamiento a esa gavia vacilante?, pensaba. Olas, ¿sólo veré esparcirse el agua al viento de la tarde? Siembro mi amor en la ola, mi pensamiento en la estéril llanura de las olas. Mi amor se hunde en las olas que se siguen y se parecen. Pasan y el ojo ya no las conoce. Mar informe y siempre agitado; lejos de los hombres tus olas se callan; nada se opone a su fluidez, pero nadie puede oír su silencio; chocan ya con la lancha más débil y su ruido nos hace creer que la tempestad es ruidosa. Las grandes olas avanzan y se suceden sin ruido alguno. Se siguen, y cada una de ellas levanta a su vez la misma gota de agua, sin casi cambiarla de lugar. Sólo se pasea su forma; el agua se presta y las abandona y nunca las acompaña. Toda forma no toma el mismo ser sino por muy pocos instantes; continúa a través de cada uno y luego lo deja.

¡Alma mía, no te ligan a pensamiento alguno! Lanza cada pensamiento al viento de mar adentro que te lo lleva; nunca lo llevarás tú misma hasta los cielos.

Movilidad de las olas: eres tú la que hiciste tan vacilante mi pensamiento. Nada edificarás sobre la ola. Ésta se escapa bajo cada peso.

Después de esas derivas desalentadoras, de esos vagabundeos de aquí para allá, ¿llegará el tranquilo puerto en el que mi alma, por fin sosegada, contemplará la mar desde una sólida escollera, cerca del faro giratorio?

LIBRO CUARTO

I

*En un jardín -en la colina de Florencia
(la que hace frente a Fíesele)-
donde nos habíamos reunido esa tarde:*

Pero vosotros no conocéis, no podéis conocer, Angaire, Ydier, Tiyro, dice Menalcas (y yo te lo repito ahora en mi nombre, Natanael), la pasión que quemó mi juventud. Me irritaba la huida de las horas. La necesidad de la opción me resultó siempre intolerable; escoger me parecía no tanto elegir como rechazar lo que no elegía. Comprendía espantosamente la limitación de las horas y que el tiempo no tiene sino una dimensión; era una línea que yo hubiera deseado espaciosa y mis deseos, al correr por ella, se atropellaban necesariamente el uno al otro. Yo no hacía nunca sino *esto o aquello*. Si hacía esto, lamentaba en seguida aquello, y con frecuencia me quedaba sin atreverme ya a hacer nada, perdidamente y como con los brazos abiertos, por temor, si los cerraba apresurado, a no haberme apoderado sino de *una* cosa. El error de mi vida fue, en consecuencia, no continuar largo tiempo estudio alguno, por no haber sabido decidirme a renunciar a otros muchos. Cualquier cosa resultaba demasiado cara a ese precio, y los razonamientos no podían terminar con mi angustia. Era entrar en un mercado de delicias sin disponer (¿gracias a Quién?) más que de una cantidad demasiado pequeña. ¡Disponer! Elegir era renunciar para siempre *jamás*, a todo lo demás, y la cantidad numerosa de ese jamás seguía siendo preferible a no importa qué unidad.

De ahí procede, por otra parte, un poco de esa aversión por no importa qué *posesión* en la tierra; el temor de no poseer luego más que eso.

¡Mercaderías! ¡Provisiones! ¡Montón de gangas! No os entregáis sin disputa. Y yo sé que los bienes de la tierra se agotan (aunque sean inagotablemente reemplazables) y que la copa que he vaciado queda vacía para ti, hermano mío, aunque el manantial esté cercano. Pero vosotras, ideas inmateriales, formas de vida no detenida, ciencias, y conocimiento de Dios, copas de verdad, copas inagotables, ¿por qué regateáis vuestro fluir a nuestros labios cuando toda nuestra sed no bastaría para agotaros y vuestra agua desbordaría siempre fresca para cada nuevo labio tendido? Ahora he comprendido que todas las gotas de ese gran manantial divino se equivalen, que la menor de ellas basta para nuestra embriaguez y nos revela la plenitud y la totalidad de Dios. Pero en esa época, ¿qué no habría anhelado mi locura? Yo deseaba toda forma de vida; habría querido hacer yo mismo todo lo que veía hacer a otro; no haberlo hecho, sino hacerlo -entiéndeme-, pues temía muy poco la fatiga, el trabajo y los creía instruidos por la vida. Sentí celos de Parménides durante tres semanas porque aprendió el turco; y dos meses más tarde de Teodosio porque descubrió la astronomía. Así no trazaba de mí sino la figura más vaga e incierta, a fuerza de no quererla limitar.

-Cuéntanos tu vida, Menalcas -dice Alcides, y Menalcas continúa:

...A los dieciocho años, cuando terminé mis primeros estudios, con el espíritu cansado del trabajo, el corazón vacante, lánguido por estar así, y el cuerpo exasperado por la sujeción, partí por los caminos, sin meta, empleando mi fiebre vagabunda. Conocí todo lo que sabéis: la primavera, el olor de la tierra, la floración de las yerbas en los campos, las brumas de la mañana en la ribera y el vapor de la tarde en las praderas. Atravesé ciudades, y no quise detenerme en parte alguna. Dichoso aquél, pensaba, que no se liga a nada en la tierra y pasea un eterno fervor a través de las constantes veleidades. Odiaba los hogares, las familias, todos los lugares en que el hombre cree encontrar reposo; y los afectos continuos, y las fidelidades amorosas, y las adhesiones a las ideas, todo

lo que compromete a la justicia; decía que cada novedad debe encontrarnos siempre completamente disponibles.

Los libros me habían mostrado cada libertad provisional, y que ésta no es nunca sino la de elegir la esclavitud de uno, o por lo menos su devoción, del mismo modo que vuela y vaga el grano de los cardos buscando el suelo fecundo en que fijar sus raíces, y sólo florece inmóvil. Pero habiendo aprendido en las clases que los razonamientos no guían a los hombres y que a cada uno de ellos se puede oponer un contrario, a quien basta con encontrar, me ocupaba en buscarlo, a veces, en medio de los largos caminos.

Vivía en la espera perpetua, deliciosa, de no importa qué porvenir. Me habitué a que, como las preguntas ante las respuestas que esperan, el deseo de gozar de él, nacido ante cada placer, precediese inmediatamente al goce. Mi dicha procedía de que cada manantial me revelaba una sed, y en el desierto sin agua, donde la sed es inaplacable, seguía prefiriendo el fervor de mi fiebre bajo la exaltación del sol. Había allí, al atardecer, oasis maravillosos, más frescos todavía por haber sido deseados durante todo el día. En la extensión arenosa, abrumada por el sol y como un sueño inmenso -tan grande era el calor- y en la vibración misma del aire, sentí palpar todavía a la vida que no podía dormirse, temblar de deliquio al horizonte, e hincharse de amor mis pies.

Cada día, a cada hora, ya no buscaba sino una penetración cada vez más simple de la naturaleza. Poseía el don precioso de no hallarme demasiado trabado por mí mismo. El recuerdo del pasado no ejercía sobre mí más influjo que el necesario para dar unidad a mi vida: era como el hilo misterioso que ligaba a Teseo con su pasado amor, pero no le impedía caminar a través de los pasajes más nuevos. También ese hilo tuvo que ser roto... ¡Palingenesias maravillosas! En mis paseos matinales saboreé con frecuencia la sensación de un nuevo ser, la ternura de mi percepción. "Don del poeta -exclamaba-, eres el don del

encuentro perpetuo". Y recibía de todas partes. Mi alma era la posada abierta en la escrucijada; lo que quería entrar, entraba en ella. Me hice dúctil, amistoso, disponible con todos mis sentidos, atento, escuchador hasta no tener ya *un* pensamiento personal, captador de toda emoción de paso, y con una reacción tan mínima que antes de protestar por nada prefería no considerar a nada malo. Por lo demás, observé muy pronto en cuan poco odio a lo feo se apoyaba mi amor a lo bello.

Odiaba la lasitud, que sabía hecha de tedio, y pretendía que se la fundase en la diversidad de las cosas. Descansaba no importa dónde. He dormido en los campos. He dormido en la llanura. He visto temblar el alba entre los grandes haces de trigo y a las cornejas despertarse en los hayales. Por la mañana me lavaba en la hierba y el sol naciente secaba mis ropas húmedas. ¡Quién dirá si el campo fue nunca más bello que ese día en que vi a las ricas cosechas volver entre los cantos y a los bueyes uncidos a las pesadas carretas!

Hubo un tiempo en que mi placer se hizo tan grande que quise comunicarlo, enseñar a alguien aquello que lo hacía vivir en mí.

Al anochecer veía cómo se formaban de nuevo, en aldeas desconocidas, los hogares dispersos durante el día. El padre regresaba, cansado del trabajo; los niños volvían de la escuela. La puerta de la casa se entreabría un instante para un recibimiento de luz, calor y risa, y luego se cerraba otra vez para la noche. Nada podía entrar ya allí de todas las cosas vagabundas, del viento tiritante de afuera. ¡Familias: os odio! Hogares cerrados, puertas clausuradas; posesiones celosas de la dicha. A veces, invisible por la noche, me quedaba inclinado sobre una ventana, mirando largo tiempo la costumbre de una casa. El padre estaba allí, junto a la lámpara; la madre cosía; el lugar de un abuelo quedaba vacío; un niño estudiaba cerca de su padre; y mi corazón se hinchaba con el deseo de llevarlo conmigo por los caminos.

Volví a verlo al día siguiente, cuando salía de la escuela; al otro día le hablé; cuatro días después lo dejó todo para seguirme. Yo le abrí los ojos ante el esplendor de la llanura; comprendió que estaba abierta para él. Enseñé, pues, a su alma a hacerse más vagabunda, alegre por fin y luego a separarse inclusive de mí, a conocer su soledad.

Solo, saboreaba el violento goce del orgullo. Me gustaba levantarme antes del alba; llamaba al sol en los rastrojos; el canto de la alondra era mi fantasía y el rocío mi loción de aurora. Me complacía en frugalidades excesivas, comiendo tan poco que sentía liviana mi cabeza y toda sensación era como una especie de embriaguez para mí. Luego he bebido muchos vinos, y sé que ninguno daba ese aturdimiento del ayuno, esa vacilación de la llanura por la madrugada, antes de que, salido el col, me durmiera en el hueco de un almiar.

A veces conservaba hasta el semidesfallecimiento el pan que llevaba conmigo; entonces me parecía sentir menos extrañamente la naturaleza y que ésta se compenetraba más conmigo; era un aflujo del exterior; por todos mis sentidos abiertos acogía su presencia; todo se hallaba invitado en mí.

Mi alma se llenaba, en fin, de lirismo, que exasperaba mi soledad fatigándome hacia el anochecer. Me sostenía por orgullo, pero entonces echaba de menos a Hilaire, quien, el año anterior, me apartaba de lo excesivamente indómito que tenía mi humor.

Hablaba con él, hacia el crepúsculo; él mismo era poeta y comprendía todas las armonías. Cada efecto natural era para nosotros como un lenguaje claro en el que se podía leer su causa; aprendimos a reconocer los insectos por su vuelo, los pájaros por su canto, y la belleza de las mujeres por las huellas de sus pasos en la arena. Lo devoraba también una sed de aventuras; su fuerza lo hacía audaz. ¡Es cierto que nunca os valdrá ninguna gloria, adolescencia de nuestros corazones! Aspirándolo todo con delicia, tratábamos en vano de cansar a nuestros

deseos; cada pensamiento nuestro era un fervor y el sentir tenía para nosotros una acritud singular. Consumíamos nuestras espléndidas juventudes, a la espera del bello porvenir, y la ruta que llevaba a él no parecía nunca bastante interminable; marchábamos por ella a grandes pasos, mordiéndole las flores de los setos, que llenan la boca con un gusto de miel y exquisita amargura.

A veces, al volver a pasar por París, encontraba de nuevo, durante algunos días o algunas horas, el departamento donde había transcurrido mi estudiantil infancia; todo estaba en él silencioso; cuidados de mujer ausente habían puesto paños sobre los muebles. Con una lámpara en la mano iba de pieza en pieza sin reabrir los postigos cerrados desde hacía muchos años, ni levantar las cortinas llenas de alcanfor. La atmósfera era allí pesada, saturada de olor. Sólo mi habitación seguía estando dispuesta. En la biblioteca, la habitación más oscura y silenciosa, los libros conservaban en los estantes y las mesas el orden en que yo los había colocado; a veces abría uno de ellos y, ante la lámpara encendida aunque fuese de día, me complacía en olvidar la hora; a veces también volvía a abrir el gran piano y buscaba en mi memoria el ritmo de antiguas tonadas, pero no me acordaba de ellas sino de una manera demasiado incompleta y, antes que entristecerme por ello, dejaba de tocarlas. Al día siguiente me hallaba nuevamente lejos de París.

Mi corazón, naturalmente amante y como líquido, se derramaba por todas partes. Me parecía que ningún goce me pertenecía a mí mismo; invitaba a todos los que encontraba y, cuando lo gozaba yo solo, lo hacía únicamente a fuerza de orgullo.

Algunos me acusaron de egoísmo; yo los acusé de necesidad. Tenía la pretensión de no amar a nadie, hombre ni mujer, sino a la amistad, al amor o al afecto. Al dárselo a uno no hubiese querido quitárselo a otro y no hacía sino prestarme. Tampoco quería acaparar el cuerpo o el corazón de ningún otro; era nómada en esto como con respecto a la naturaleza y

no me detenía en parte alguna. Toda preferencia me parecía injusticia; queriendo quedar en todos, no me entregaba a nadie.

Al recuerdo de cada ciudad ligaba el recuerdo de un libertinaje. En Venecia tomé parte en mascaradas; un concierto de violones y de flautas acompañó a la barca en que gocé del amor. Seguían otras barcas, llenas de mujeres y hombres jóvenes. Fuimos al Lido a esperar el alba, pero dormíamos, fatigados, cuando salió el sol, pues las músicas se habían callado. Pero a mí me gustaba hasta la fatiga que nos dejan esos falsos goces, y ese vértigo del despertar por el que los sentimos marchitos. En otros puertos supe ir con los marineros de los grandes navios; bajaba a las callejuelas mal iluminadas; pero reprochaba en mí el deseo de la experiencia, nuestra única tentación; y dejando a los marineros junto a los burdeles, volvía al puerto tranquilo, donde el consejo taciturno de las noches se interpretaba con el recuerdo de esas callejuelas cuyo rumor extraño y patético llegaba a través del éxtasis. Yo prefería los tesoros de los campos.

No obstante, a los veinticinco años, no cansado de viajes, pero atormentado por el excesivo orgullo que había hecho crecer esa vida nómada, comprendí o me persuadí que estaba ya maduro para una forma nueva.

¿Por qué, por qué, les decía, me habláis de volver a salir por los caminos? Sé muy bien que han brotado nuevas flores al borde de todos ellos; pero es a vosotros a quienes esperan al presente. Las abejas no hacen botín sino durante un tiempo; luego se hacen tesoreras. Volvía al departamento abandonado; quitaba el paño que cubría los muebles; abría las ventanas; y aprovechando las economías que como a mi pesar y vagabundo había debido hacer, me rodeaba de todos los objetos frágiles o preciosos que podía procurarme, de vasos o libros raros, y sobre todo de cuadros que me permitía obtener a bajo precio el conocimiento que tengo de la pintura. Durante quince años atesoré como

un avaro; me enriquecí con todas mis fuerzas; me instruí; estudié las lenguas agotadas y pude leer en muchos libros; aprendí a tocar diversos instrumentos; cada hora de cada día estaba destinada a algún estudio fructuoso; la historia y la biología me ocuparon particularmente. Conocí las literaturas. Acumulé las amistades que mi gran corazón y mi legítima nobleza me permitieron no robar; fueron para mí más preciosas que todo lo demás y, sin embargo, no me até ni siquiera a ellas.

A los cincuenta años, habiendo llegado la hora, lo vendí todo, y, como mi gusto seguro y mi conocimiento de cada objeto no me habían hecho poseedor de nada cuyo valor no hubiese aumentado, liquidé en dos días una fortuna considerable. Coloqué esa fortuna enteramente de modo que pudiese disponer de ella perpetuamente. Vendí absolutamente todo, pues no quería conservar nada personal en esta tierra; ni el menor recuerdo de antaño.

Le dije a Myrtil, quien me acompañó a los campos: -Cuántas más delicias te produciría la sensación de esta mañana encantadora, de esta bruma y de esta luz, de este frescor ventilado, de esta pulsación de tu ser, si supieses entregarte a ella por entero. Tú crees estar ahí, pero la mejor parte de tu ser está enclaustrada; tu mujer y tus hijos, tus libros y tu estudio la retienen y te roban a Dios.

"¿Crees poder gustar, en este instante preciso, la sensación potente, completa, inmediata de la vida, sin el olvido de lo que no es ella? La costumbre de pensar te perjudica; vives en el pasado, en el futuro, y no percibes nada espontáneamente. Nosotros no somos nada, Myrtil, sino en lo instantáneo de la vida; todo lo pasado muere en ella antes de que nazca lo futuro. ¡Los instantes! Tú comprenderás, Myrtil, qué fuerza tiene su *presencia*, pues cada instante de nuestra vida es esencialmente irremplazable: debes saber a veces concentrarte en él únicamente. Si tú quisieras, si tú supieras, Myrtil, en ese instante, ya sin mujer ni hijos, te encontrarías solo ante Dios en la tierra. Pero te acuerdas de ellos y llevas

contigo, como por temor a perderlos, todo tu pasado, todos tus amores, y todas las preocupaciones de la tierra. En cuanto a mí, todo mi amor me espera en todo instante y para una nueva sorpresa; lo conozco siempre y nunca lo reconozco. No sospechas, Myrtil, todas las formas que toma Dios; por contemplar a una demasiado y enamorarte de ella, te ciegas. La fijeza de tu adoración me apena; quisiera que fuese más difusa. Dios se halla detrás de todas tus puertas cerradas. Todas las formas de Dios son amables y todo es la forma de Dios."

. . .Una vez hecha efectiva mi fortuna, fleté ante todo un navio y llevé conmigo a la mar a tres amigos, tripulantes y cuatro grumetes. Me enamoré del menos hermoso de ellos. Pero hasta a la dulzura de sus caricias prefería la contemplación de las grandes olas. Entraba al anochecer en puertos fabulosos y los abandonaba antes de la aurora, después de haber buscado a veces el amor durante la noche. Conocí en Venecia a una cortesana extremadamente bella; la amé tres noches, pues con ella olvidé, tan bella era, las delicias de mis otros amores. Fue a ella a quien vendí o regalé mi navio.

Viví durante algunos meses en un palacio del lago de Como, donde se reunieron los músicos más gratos. Reuní allí también a mujeres hermosas, discretas y hábiles en hablar; y al anochecer conversábamos, mientras los músicos nos deleitaban; luego, descendiendo por las gradas de mármol cuyos últimos peldaños se empapaban, íbamos en las barcas errantes a adormecer nuestros amores al ritmo reposado de los remos. Había regresos adormecidos; la barca atracada se despertaba de pronto e ldoine, colgándose de mi brazo, volvía a subir las gradas, silenciosa.

Al año siguiente me hallaba en un inmenso parque de Vendée, no lejos de las playas. Tres poetas han cantado la acogida que les dispense en mi residencia; hablaron también de los estanques con los peces y las plantas, de las avenidas de álamos, de las encinas aisladas y los bosquecillos de fresnos, de la bella disposición del parque. Cuando llegó

el otoño hice derribar los árboles más grandes y me complugue en devastar mi residencia. No cabe describir el aspecto del parque por el que se perdía nuestra compañía numerosa, errando por las alamedas en que había dejado crecer la hierba. De un extremo al otro de las avenidas se oían los hachazos de los leñadores. Las ropas se enganchaban a las ramas atravesadas en los caminos. Fue espléndido el otoño explayado en los árboles tendidos. En ellos se asentaba tal magnificencia que durante mucho tiempo después ya no pude pensar en otra cosa, y en ello reconocí mi senectud.

Luego ocupé un chalet en los altos Alpes; un palacio blanco en Malta, cerca del bosque perfumado de Cita Vecchia, donde los limones tienen el agrio dulzor de las naranjas; una carretela errante en Dalmacia; y ahora ese jardín en la colina de Florencia, la que hace frente a Fiesole, donde os he reunido esta tarde.

No insistáis demasiado en que debo mi dicha a los acontecimientos; evidentemente me fueron propicios, pero no me valí de ellos. No creáis que mi dicha se haya hecho con la ayuda de riquezas; mi corazón sin lazo alguno en la tierra ha seguido siendo pobre, y yo moriré fácilmente. Mi dicha está hecha con fervor. A través de todas las cosas, indistintamente, he adorado con locura.

II

La terraza monumental en que estábamos (llevaban a ella escaleras de caracol) dominaba toda la ciudad y parecía, sobre unos follajes profundos, una inmensa nave amarrada; a veces parecía avanzar hacia la ciudad. Aquel verano subí algunas veces al alto puente del navio imaginario para saborear, después del tumulto de las calles, el apaciguamiento contemplativo del crepúsculo. Todo rumor se extinguía al subir; parecía que fuesen olas que rompían allí. Seguían llegando en ondas majestuosas, subían y se ensanchaban contra los muros. Pero yo subía más arriba, allá adonde no llegaban las olas. En la terraza extrema ya no se oía más que el estremecimiento de las hojas y la llamada apasionada de la noche.

Verdes encinas y laureles inmensos, plantados en avenidas regulares, iban a terminar al borde del cielo, donde terminaba la terraza misma; sin embargo, balaustradas redondas avanzaban a veces, suspendidas y como si fueran balcones en el azul. Allí iba a sentarme y me embriagaba con mi pensamiento; allí creía navegar. Sobre las colinas sombrías que se alzaban al otro lado de la ciudad el cielo era del color del oro: ramajes ligeros, salidos de la terraza en que me hallaba, se inclinaban hacia el poniente espléndido o se lanzaban, casi sin hojas, hacia la noche. De la ciudad subía lo que parecía una humareda; era polvo iluminado que flotaba y se elevaba apenas por encima de los lugares en que brillaba más luz. Y a veces ascendía como espontáneamente, en el éxtasis de esa noche demasiado cálida, un cohete lanzado no se sabe de dónde, que se ahilaba, seguía como un grito en el espacio, vibraba, daba vueltas y volvía a caer deshecho al lugar de su nacimiento misterioso. Me gustan, sobre todo, aquellos cuyas chispas de oro pálido caen lentamente y se desparraman tan negligentemente que luego se cree, tan maravillosas son las estrellas,

que también ellas nacen de esa súbita magia y uno se asombra al verlas permanecer después de las chispas... Luego, lentamente, se reconoce a cada una unida a su constelación, y el éxtasis se prolonga.

"Los acontecimientos -dijo Josefo- han dispuesto de mí de una manera que yo no he aprobado."

-¡Tanto peor! -replicó Menalcas-. Yo prefiero decirme que lo que no existe es lo que no podía existir.

III

Y esa noche cantaron a los frutos. Ante Menalcas, Alcides y algunos otros que se habían reunido, Hylas cantó la...

RONDA

DE LA GRANADA

En verdad, tres granos de granada
bastaron para que Proserpina recordase.

*Buscaríais aún, durante largo tiempo,
la dicha imposible de las almas.*

*Goces de la carne y goces de los sentidos,
que otro, si le agrada, os condena,
amargos goces de la carne y de los sentidos
que él os condena - yo no me atrevo.*

*-En verdad, Didier, filósofo ferviente, yo te admiro
si la fe en tu pensamiento hace que a la alegría del espíritu
no creas ninguna otra preferible.*

*Mas no en todos los espíritus son posibles semejantes
amores.*

*Y, ciertamente, yo también os amo,
mortales estremecimientos de mi alma,
goces del corazón, goces del espíritu;
mas yo os canto a vosotros, placeres.*

*Goces de la carne, tiernos como la hierba,
deliciosos como las flores de los setos,
marchitas o segadas más rápidamente que las alfalfas de
los prados,*

que las espireas desconsoladoras que se marchitan al tocarlas.

La vista - el más desconsolador de los sentidos...

Cuanto no podemos tocar nos desconsuela;

el espíritu capta el pensamiento con más facilidad que nuestra mano lo que codician nuestros ojos.

¡Oh!, que lo que puedes tocar sea lo que desees,

Natanael; no busques una posesión más completa.

Los goces más dulces de mis sentidos

han sido sedes satisfechas.

Es deliciosa ciertamente la bruma cuando aparece el sol en las llanuras,

y delicioso el sol;

deliciosa para nuestros pies desnudos la húmeda tierra

y la arena mojada por el mar;

y deliciosa fue para bañarnos el agua de las fuentes;

para besar los labios desconocidos que tocaron mis labios en la sombra;

pero de los frutos -de los frutos- ¿qué te diré, Natanael?

¡Oh! Que no los hayas conocido,

Natanael, es lo que me desespera.

Su pulpa era delicada y jugosa,

sabrosa cual carne que sangra,

roja como la sangre que mana de una herida.

Éstos, Natanael, no reclamaban ninguna sed particular;

los servían en canastillas de oro;

su sabor repugnaba al principio, pues era de una insipidez incomparable;

no evocaba el de ninguna fruta de nuestras tierras;

recordaba el sabor de las guayabas demasiado maduras,

*y su carne parecía pasada;
y dejaba después aspereza en la boca;
sólo se la curaba comiendo un nuevo fruto,
apenas si su goce duraba solamente
el instante de saborear el jugo;
y ese instante parecía tanto más amable
cuanto después más nauseabunda se hacía la insipidez.
La canastilla quedó pronto vacía
y dejamos el último
antes que repartirlo.*

*¡Ay! Luego, Natanael, ¿quién dirá cuál fue
de nuestros labios la amarga quemadura?
No pudo lavarlos agua alguna.*

*El deseo de aquellos frutos nos atormentó hasta el alma.
Durante tres días los buscamos en los mercados;
la estación había terminado.*

*¿Dónde hay, Natanael, en nuestros viajes,
nuevas frutas que nos den otros deseos?*

*Hay frutas que comeremos en unas terrazas.
Frente a la mar y frente al sol poniente.
Las hay que confitan en hielo
azucarado, con un poco de licor dentro.*

*Hay frutas que se cogen de los árboles
de jardines reservados, rodeados de muros,
y se comen a la sombra en el verano.
Se colocarán mesitas;
a nuestro alrededor caerán las frutas
apenas agitemos las ramas*

*en que despertarán las moscas adormecidas.
Las frutas caídas serán recogidas en cuencos
y su solo perfume bastará para deleitarnos.
Hay frutas cuya corteza mancha los labios y sólo se comen
cuando se tiene mucha sed.
Nosotros las encontramos a lo largo de los caminos
arenosos;
brillaban a través del follaje espinoso
que desgarró nuestras manos cuando quisimos tomarlas;
y nuestra sed no quedó muy satisfecha con ellas.*

*Las hay con las que se hacían confituras
sólo con dejarlas secar al sol.
Las hay cuya carne sigue siendo segura a pesar del
invierno;
y el haberlas mordido nos produce dentera.
Hay frutas cuya carne parece siempre fría, incluso en el
verano.
Se comen encogidos en esteras
en el fondo de pequeñas tabernas.*

*Las hay cuyo recuerdo bien vale una sed
desde el momento en que ya es imposible hallarlas.*

*Natanael, ¿te hablaré de las granadas?
Las vendían por unos céntimos en aquella feria oriental,
sobre cañizos en que se habían desmoronado.
Se veían algunas que rodaban por el polvo
y que niños desnudos recogían.
Su jugo es algo agrio como el de las frambuesas no*

maduras.

*Su flor parece hecha con cera;
tiene el color de la fruta.*

*Tesoro guardado, tabiques de colmena,
abundancia de sabor,
arquitectura pentagonal.*

*La corteza se abre; los granos caen,
granos de sangre en copas de azul;
y otros, gotas de oro en platos de bronce esmaltado.*

*Ahora canta con el higo, Simiana,
pues sus amores están ocultos.*

*Yo canto al higo, dice ella,
cuyos bellos amores están ocultos.
Sus flores se hallan replegadas.
Cuarto cerrado donde se celebran bodas,
ningún perfume las delata afuera.
Como de él nada se evapora,
todo el perfume se me hace succulencia y sabor.
Flor sin belleza; fruto de delicias;
fruto que no es sino su flor madura.*

*He cantado al higo, dice ella
canta ahora todas las flores.*

-Ciertamente, dice Hylas, no hemos cantado todos los frutos.
Don del poeta: el de sentirse conmovido por las ciruelas.
(La flor no vale para mí sino como una promesa de fruto.)

No has hablado de la ciruela.

*Y la acida ciruela silvestre de los setos
que endulza la nieve fría.*

*El níspero que sólo se come podrido;
y la castaña de color de hojas muertas
que se hace reventar junto al fuego.*

-Me acuerdo de las mirtilas de las montañas qué cogí un día de mucho frío en la nieve.

-A mí no me gusta la nieve -dice Lotario-; es una materia enteramente mística y que aún no se ha decidido por la tierra. Odio su insólita blancura en la que el paisaje se detiene. Es fría y se niega a la vida; sé que ella la cubre y la protege, pero la vida sólo renace bajo ella fundiéndola. La quiero, pues, gris y sucia, semifundida y casi convertida en agua para las plantas.

-No hables así de la nieve, pues también puede ser bella -dice Ulrich-. No es triste y dolorosa sino allí donde puede fundirla un amor excesivo; y tú, que prefieres el amor, la prefieres medio fundida. Es bella donde triunfa.

-No diremos eso nosotros -dice Hylas-. Y cuando yo digo tanto mejor, no tienes por qué decir tanto peor.

Y esa noche cada uno de nosotros cantó, bajo la forma de baladas, Melibea la...

-BALADA

DE LOS AMANTES MÁS CÉLEBRES

*¡Zuleika! Por ti dejé de beber
el vino que me escanciaba el copero.
Por ti, siendo Boabdil, en Granada
regué los laureles rosados del Generalife.*

Yo fui Solimán cuando tú, Balkis, viniste de las provincias del Sur para proponerme enigmas.

Tamar, yo fui Ammon, tu padre, que murió por no poder poseerte.

Bethsabé, cuando, siguiendo a una paloma de oro hasta la terraza más alta de mi palacio, te vi bajar desnuda, dispuesta para el baño, yo fui David que hizo matarse por mí a tu esposo.

Yo canté para ti, Sulamita, tales cantos que se los cree casi religiosos.

Fornarina, yo soy quien gritó de amor en tus brazos.

Zobeida, soy el esclavo que encontraste una mañana en la calle que daba a la plaza pública; llevaba en mi cabeza una cesta vacía y tú me la hiciste llenar, siguiéndote, de toronjas, de limones, de cohombros, de variadas especias y de diversas golosinas; luego, como te agradé y me quejé de mi fatiga, quisiste conservarme por la noche junto a tus dos hermanas y a los tres kalendar hijos de rey. Y nos ocupamos por turno en escuchar a los demás, contando cada uno su historia. Cuando llegó mi turno, dije: Antes de haberte encontrado, Zobeida, mi vida carecía de historia; ¿cómo puedo tener ahora una? ¿No eres toda mi vida? -Y al decir esto el portador se atracaba de frutas. (Recuerdo que, siendo muy niño, soñaba con dulces secos, de los que tanto se habla en las Mil y Una Noches. Los he comido luego con esencia de rosas, y un amigo me ha hablado de las que hacen con letchis.)

*Ariadna, yo soy el pasajero Teseo
que te abandono a Baco
para poder continuar mi camino.*

*Eurídice, hermosa mía, soy para ti Orfeo
que con una mirada te repudia en los infiernos,
molesto porque me sigues.*

Luego Mopso cantó la...

BALADA

DE LOS BIENES RAÍCES

*Cuando el río comenzó a crecer
hubo quienes se refugiaron en la montaña;
y otros que se dijeron: el limo abonará nuestros campos;
y otros que se dijeron: es la ruina;
otros no se dijeron nada absolutamente.*

*Cuando el río hubo crecido mucho
había lugares en que todavía se veían árboles,
otros en los que se veían techos de casas,
campanarios, paredes y más lejos colinas;
en otros no se veía ya nada absolutamente.*

*Había campesinos que hicieron que sus rebaños subieran a las
colinas;*

*y otros que condujeron a un barco a sus hijitos;
hubo otros que llevaron allá su joyería,
comestibles, papeles escritos y todo lo de plata que podía flotar
y quienes no llevaron nada absolutamente.*

*Quienes habían huido en barcas arrastradas,
despertaron en tierras que desconocían por completo.
Hubo quienes se despertaron en América,
otros en China, y otros en las riberas del Perú.
Hubo quienes no se despertaron.*

Luego Guzmán cantó la...

RONDA

DÉ LAS ENFERMEDADES

de la que no transcribiré sino el final:

... En Damieta enfermé de calentura.

*En Singapur vi a mi cuerpo adornarse con eflorescencias
blancas y malvas.*

En la Tierra del Fuego se me cayeron todos los dientes.

En el Congo un caimán me comió un pie.

*En las Indias enfermé de una languidez,
que me dejó la piel admirablemente verde y como transparente;
mis ojos parecían sentimentalmente agrandados.*

Vivía en una ciudad luminosa; todas las noches se cometían en ella todos los crímenes y, sin embargo, no lejos del puerto, seguían flotando galeras que no se lograba llenar. Una mañana partí en una de ellas, pues el gobernador de la ciudad había puesto a mi capricho la fuerza de cuarenta remeros. Durante cuatro días y tres noches navegamos; ellos emplearon para mí sus fuerzas admirables. Esa fatiga monótona adormecía su vigor turbulento; se cansaban de remover sin fin el agua de las olas; se hacían más hermosos, soñadores, y sus recuerdos del pasado se iban por la mar inmensa. Y al anochecer entramos en una ciudad surcada por canales, una ciudad color de oro o de ceniza que se llamaba Amsterdam o Venecia, según fuese castaña o dorada.

IV

Al anochecer, en los jardines situados al pie de la colina de Fiésole, a mitad de camino entre Florencia y Fiésole, en esos mismos jardines donde, en la época de Boccaccio, cantaban Panfilo y Fiametta -una vez terminado el día excesivamente luminoso- en la noche nada tenebrosa, se hallaban reunidos Simiana, Tí tiro, Menalcas, Natanael, Helena, Alcides y algunos otros.

Después de una semicomida de golosinas que el mucho calor nos había permitido tomar en la terraza, habíamos bajado a las alamedas, y entonces, después de las músicas, vagábamos bajo los laureles y los robles, esperando la hora de tendernos sobre la hierba, junto a los manantiales que escondía un bosquecillo de encinas, y descansar largo tiempo de la fatiga del día.

Yo iba de grupo en grupo y no oía sino palabras sin orden, aunque todos hablaban del amor.

-Toda voluptuosidad -decía Elifas- es buena y debe ser gustada.

-Pero no todas por todos -decía Tíbulo-; hay que elegir.

Más lejos les contaba Terencio a Fedro y a Bachir;

-Yo quería a una niña de raza kabileña, de piel negra y una carne perfecta, apenas madura. Conservaba en la voluptuosidad más traviesa y ya más reincidente una gravedad desconcertante. Era el fastidio de mis días y las delicias de mis noches.

Y Simiana con Hylas:

-Es un pequeño fruto que exige ser comido con frecuencia.

Hylas cantaba:

Hay pequeños placeres que han sido para nosotros como son, al borde de los caminos, esos pequeños frutos de saqueo, agrios, y que se hubiesen querido más azucarados.

Estábamos sentados en la hierba, junto a los manantiales: ... un canto de pájaro nocturno me ocupó durante un instante más que sus palabras; cuando volví a escuchar, Hylas decía:

... Y cada uno de mis sentidos ha tenido sus deseos. Cuando quise volver a entrar en mí, encontré a mis criados y criadas sentados a mi mesa; ya no tuve ni el más pequeño espacio en que sentarme. El lugar de honor se hallaba ocupado por la Sed; otras sedes le disputaban el buen puesto. Toda la mesa se mostraba pendenciera, pero se entendían contra mí. Cuando quise acercarme a la mesa, todos se levantaron contra mí, ya borrachos; me arrojaron de mi casa, me arrastraron afuera y volví a salir para ir a cogerles racimos de uvas.

¡Deseo! Bellos deseos, os llevaré racimos aplastados; llenaré nuevamente vuestras enormes copas; pero dejadme entrar en mi casa -y que pueda otra vez, cuando durmáis borrachos, coronarme con púrpura y con hiedra-, y cubrir la inquietud de mi frente bajo una corona de hiedra.

La embriaguez se apoderaba de mí y ya no podía escuchar bien; a veces, cuando el canto del pájaro callaba, la noche parecía hacerse silenciosa como si yo hubiese sido el único en contemplarla; a veces me parecía oír en todas partes voces saltarinas que se mezclaban con las de nuestra numerosa compañía:

Nosotras también, nosotras también -decían- hemos conocido los lamentables tedios de nuestras almas. Los deseos no nos dejan trabajar tranquilamente.

-... Todos mis deseos sintieron sed este verano.

Parecía que hubiesen atravesado desiertos.

Y yo me negué a darles de beber,

tan enfermos estaban por haber bebido.

(Habla racimos en los que dormía el olvido; otros en los que comían las abejas y otros en los que el sol parecía detenerse.)

Un deseo se posa todas las noches en la cabecera de mi cama.

Lo vuelvo a encontrar en ella a cada aurora.

Me ha velado toda la noche.

He andado; he querido abandonar a mi deseo;

No he podido fatigar sino mi cuerpo.

Ahora canta Cleodalisa la...

RONDA

DE TODOS MIS DESEOS

Yo no sé lo que pude soñar esta noche.

Al despertar todos mis deseos tenían sed.

*Se diría que mientras dormía hubiesen atravesado
desiertos.*

Entre el deseo y el tedio

nuestra inquietud vacila.

¡Deseos! ¿Nunca vais a cansaros?

*¡Oh, oh, oh, oh, este pequeño deleite pasajero! -¡y qué en seguida
habrá pasado!*

*¡Ay! ¡Ay! Yo sé cómo prolongar mi sufrimiento; pero no sé cómo
dominar mi placer.*

Entre el deseo y el tedio

nuestra inquietud vacila.

Y la humanidad entera me pareció como un enfermo que se revuelve en su lecho para poder dormir, que busca el descanso y ni siquiera encuentra el sueño.

*Nuestros deseos han atravesado ya muchos mundos;
jamás se han saciado.*

*Y la naturaleza entera se atormenta
entre la sed de reposo y la sed de placer.*

*Hemos gritado de angustia
en las viviendas desiertas.*

*Hemos subido a torres
desde las que solamente se veía la noche,*

*Perras, hemos aullado de dolor
a lo largo de ribazos desecados;*

*Leonas, hemos rugido en el Aurés; y hemos ramoneado, camellas,
el fuco gris de las albuferas, y hemos chupado el jugo de los tallos
huecos, pues el agua no abunda en el desierto.*

*Hemos atravesado, golondrinas,
inmensos mares sin alimento;
Langostas, para alimentarnos hemos tenido que devastarlo todo.*

*Algas, nos han sacudido las tempestades;
Copos, hemos sido llevados por los vientos.*

¡Oh! Para un reposo inmenso deseo la muerte saludable; y que por fin mi deseo extenuado no pueda ya producir nuevas metempsícosis. ¡Deseo!, te he arrastrado por los caminos; te he afligido en los campos; te he saciado en las grandes ciudades; te he saciado sin apagarte la sed; te he bañado en las noches llenas de luna; te he paseado por todas partes; te he mecido en las olas; he querido dormirte sobre las aguas... ¡Deseo! ¡Deseo! ¿Qué podría hacerte? ¿Qué quieres? ¿Nunca vas a cansarte?

La luna apareció entre las ramas de los robles, monótona, pero tan bella como las otras veces. Ahora conversaban en grupos y yo solamente oía algunas frases dispersas. Me pareció que cada uno de ellos hablaba a todos los demás del amor y sin preocuparse de si algún otro le escuchaba.

Luego las conversaciones se deshicieron, y, al desaparecer la luna tras las ramas más espesas de los robles, se quedaron acostados los unos junto a los otros, en las hojas, escuchando, sin comprenderlos ya, a los habladores o las habladoras retardados, pero cuyas voces más discretas no llegaron al poco tiempo a nosotros sino mezcladas con el cuchicheo del arroyo sobre los musgos.

Simiana se levantó entonces y se hizo una corona de hiedra, y yo sentí el olor de las hojas desgarradas. Helena se soltó los cabellos, que cayeron sobre su vestido, y Raquel fue a recoger musgo húmedo para mojar con él sus ojos y prepararlos para el sueño.

La claridad misma de la luna desapareció. Yo me quedé tendido, profundamente encantado y embriagado hasta la tristeza. No hablé del amor. Esperé a la mañana para partir y correr al azar de los caminos. Desde hacía ya mucho tiempo dormitaba mi cabeza cansada. Dormí durante algunas horas; y partí al salir el alba.

LIBRO QUINTO

I

Lluviosa tierra de Normandía; campo domesticado...

Tú decías: nos poseeremos en la primavera, bajo tales ramas que conozco; tal lugar cubierto y lleno de musgos; será tal hora del día; será tal la dulzura del aire, y cantará el mismo pájaro que cantaba allí el año pasado. Pero la primavera llegó tarde este año; el aire demasiado fresco propuso un placer diferente.

El estío fue lánguido y tibio, pero contabas con una mujer que no vino. Y decías: este otoño por lo menos compensará mis cálculos erróneos y consolará mis fastidios. Ella no vendrá, supongo, pero al menos enrojecerán los grandes bosques. En ciertos días todavía suaves iré a sentarme al borde del estanque, donde el año pasado cayeron tantas hojas muertas. Esperaré la llegada de la noche. .. Otras noches bajaré a las orillas, donde descansarán los postreros rayos solares. Pero el otoño fue lluvioso este año; los bosques podridos apenas se coloreaban, y tú no pudiste ir a sentarte a la orilla del estanque desbordado.

Este año estuve constantemente dedicado a las tierras. Presencí la labranza y las cosechas. Pude ver avanzar el otoño. La estación era incomparablemente tibia, más lluviosa. Hacia el fin de septiembre una tempestad espantosa, que no dejó de soplar durante doce horas, secó los árboles por un solo lado. Poco tiempo después las hojas que habían quedado al abrigo del viento se doraron. Yo vivía tan lejos de los hombres que eso me pareció tan digno de ser contado como no importa qué acontecimiento.

Hay días y más días. Hay mañanas y tardes.

Hay mañanas en las que uno se levanta antes del alba, completamente embotado. ¡Oh gris mañana de otoño!, en la que el alma despierta sin haber reposado, tan cansada y de una tan ardiente velada que anhela seguir durmiendo y supura el sabor de la muerte. Mañana abandonaré este campo que tiritita; la hierba está llena de escarcha. Yo sé, como los perros que en sus escondrijos de tierra han escondido pan y huesos para su hambre, yo sé dónde puedo encontrar tales voluptuosidades reservadas. Sé que hay en el hueco recodo del arroyo un poco de aire tibio; sobre la barrera del bosque un tilo de oro todavía no despojado; una sonrisa y una caricia al niño de la fragua, cuando se dirige a su escuela; más lejos el olor de una abundancia de hojas caídas; una mujer a la que puedo sonreír: junto a la choza, un beso a su hijito; el ruido de los martillos de la fragua, que en el otoño se oye desde muy lejos... ¿Es eso todo? -¡Ah, durmamos! -es demasiado poco y estoy demasiado cansado de esperar...

Separaciones horribles a la semiclaridad de antes del alba. Tiritar del alma y de la carne. Vértigo. Se busca lo que todavía podría llevarse. ¿Qué te gusta tanto en las marchas, Menalcas? Él respondió: El gusto anticipado de la muerte.

No, ciertamente no es tanto ver otra cosa como separarme de todo lo que no me es indispensable. ¡Ah, de cuántas cosas, Natanael, se habría podido prescindir todavía! Almas nunca suficientemente desnudas para llenarse por fin suficientemente de amor, de amor, de espera y de esperanza, que son nuestras únicas verdaderas posesiones.

¡Ah, todos los lugares en los que se habría podido vivir igualmente bien! Lugares en que abundaría la dicha. Granjas laboriosas; trabajos inestimables de los campos; fatiga; inmensa serenidad del sueño.

¡Partamos! Y no nos detengamos sino no importa dónde...

II

EL VIAJE EN DILIGENCIA

Me he quitado mis ropas de la ciudad que me obligan a mantener demasiada dignidad.

Él estaba allí, junto a mí; yo sentía por los latidos de su corazón que era una criatura viviente, y el calor de su cuerpecito me quemaba. Dormía apoyado en mi hombro; le oía respirar. Me agobiaba la tibieza de su aliento, pero no me movía por temor a despertarle. Su cabeza delicada se bamboleaba con los grandes vaivenes del carruaje, donde estábamos horriblemente amontonados; los otros también dormían todavía, agotando el resto de la noche.

Por cierto, sí, yo conocí el amor, el amor otra vez y muchos otros; pero de esa ternura de entonces, ¿no podré decir nada?

Por cierto, sí, yo conocí el amor.

Me hice vagabundo para poder rozar todo lo que vaga; me llené de ternura por todo el que no sabe dónde calentarse y amé apasionadamente todo lo que vagabundea.

Recuerdo que hace cuatro años pasé el final de un día en esta pequeña ciudad que atravieso de nuevo ahora; la estación era, como ahora, el otoño; tampoco era un domingo y la hora de calor había pasado.

Recuerdo que me paseaba, como ahora, por las calles, hasta que en el límite de la ciudad se abrió un jardín en terraza que dominaba la hermosa región.

Sigo el mismo camino y lo reconozco todo.

Vuelvo a poner mis pasos sobre mis pasos y mis emociones... Había un banco de piedra en el que me senté. Helo aquí. Leña. ¿Qué

libro? ¡Ah!: Virgilio. Y oía subir el ruido de las palas de las lavanderas. Lo oigo. El aire estaba tranquilo, como ahora.

Los niños salen de la escuela; lo recuerdo. Pasan los transeúntes, como pasaban entonces. El sol se ponía: he aquí la noche: y los cantos del día van a callarse ahora... Eso es todo.

-Pero -dice Ángela-, eso no basta para hacer una poesía...

-Entonces, dejemos esto -respondo.

Hemos conocido el levantarse apresurado antes del alba.

El postillón engancha los caballos en el patio.

Cubos de agua lavan el pavimento. Ruido de la bomba.

Cabeza borracha de quien no ha podido dormir a fuerza de pensamientos. Lugares que se debe abandonar; alcobita; aquí, durante un instante, he posado mi cabeza; he sentido, he pensado, he velado. ¡Morir!, y qué importa dónde (puesto que ya no vive es no importa dónde y en ninguna parte). Vivo aquí, estuve aquí.

¡Habitaciones abandonadas! Maravilla de las partidas, que nunca quise que fueran tristes. Siempre me vino una exaltación por la posesión presente de ESTO.

En *esta* ventana inclinémonos todavía un instante...

Llega el instante de partir. Quiero que éste lo preceda inmediatamente... para seguir inclinándome, en esta noche casi acabada, hacia la infinita posibilidad de la dicha.

Instante encantador, que derrama en el inmenso azul un raudal de aurora...

La diligencia está lista. ¡Partamos! Que todo lo que acabo de pensar se pierda, como yo, en el aturdimiento de la huida...

Travesía de bosques. Zona de temperaturas perfumadas. Las más tibias tienen el olor de la tierra; las más frías, el olor de las hojas

maceradas. Yo tenía los ojos cerrados; vuelvo a abrirlos. Sí: he aquí las hojas; he aquí el mantillo removido...

Estrasburgo.

¡Oh, "catedral loca" con tu torre aérea! Desde lo alto de tu torre, como desde una barquilla suspendida en el aire, se velan sobre los techos las cigüeñas.

ortodoxas y acompasadas
con sus largas patas,
lentamente, porque es muy difícil servirse de ellas.

Albergues.

Por la noche iba a dormir en el fondo de los hórreos;
El postillón iba a buscarme en el heno.

... a mi tercer vaso de kirsch, una sangre más cálida comenzó a circular bajo mi cráneo;

A mi cuarto vaso comencé a sentir esa embriaguez ligera que, acercando todos los objetos, los ponía a mi alcance;

Al quinto, la sala en que me hallaba, el mundo entero me pareció que tomaba por fin proporciones más sublimes, en las que mi espíritu sublime evolucionaba más libremente;

Al sexto vaso, un poco fatigado por ellos, me dormí.

(Todos los goces de nuestros sentidos han sido imperfectos como mentiras.)

Albergues.

He conocido el vino fuerte de las posadas, que se repite con un gusto de violeta y procura el sueño espeso del mediodía. He conocido la embriaguez del crepúsculo, cuando parece que toda la tierra vacila bajo el peso de vuestro potente pensamiento.

Natanael, te hablaré de la embriaguez.

Natanael, con frecuencia la saciedad más simple fue para mí una embriaguez, tan ebrio de deseos estaba ya de antemano. Y lo que buscaba por los caminos no era, desde luego, tanto un albergue como mi hambre.

Embriagueces del ayuno, cuando se ha caminado desde primera hora de la mañana y el hambre no es ya un apetito, sino un vértigo. Embriaguez de la sed, cuando se ha caminado hasta el anochecer.

La comida más frugal se me hacía en ese tiempo excesiva como una intemperancia y saboreaba líricamente la intensa sensación de mi vida. Entonces, el aporte voluptuoso de mis sentidos hacía de cada objeto que los tocaba como mi dicha palpable.

Conocí la embriaguez que deforma ligeramente los pensamientos. Recuerdo un día en que se reducían como los tubos de un catalejo; el penúltimo parecía siempre ya el más fino; y luego salía de él siempre otro más fino todavía. Recuerdo un día en que salían tan redondos que verdaderamente no había ya más que hacer que dejarlos rodar. Recuerdo un día en que eran tan elásticos que cada uno de ellos tomaba sucesivamente las formas de todos, y recíprocamente. Otras veces eran dos que, paralelos, parecían querer crecer así hasta el fondo de la eternidad.

Conocí la embriaguez que le hace a uno creerse mejor, más grande, más respetable, más virtuoso, más rico, etc., que lo que es.

Otoños.

En las llanuras se labraba intensamente la tierra. Los surcos humeaban en el anochecer; y los caballos cansados marchaban a un paso más lento. Todas las noches me embriagaba como si sintiese por vez primera el olor de la tierra. Me gustaba entonces sentarme en las escarpas de la linde del bosque entre las hojas muertas, escuchando los

cantos de la labranza, mirando cómo el sol extenuado se dormía en el fondo de la llanura.

Estación húmeda; lluviosa tierra normanda...

Paseos. Arenales incultos, pero sin aspereza. Riberas escarpadas. Bosques. Arroyo helado. Descanso a la sombra; charlas. Heléchos rojos.

-¡Ah! -pensábamos-, cuan sensible que no te volviéramos a encontrar en el viaje, pradera, para atravesarte a caballo. (Estaba completamente rodeada de bosques.)

Paseos al atardecer.

Paseos por la noche.

Paseos.

... El hecho de ser se me hacía enormemente voluptuoso. Hubiese querido saborear todas las formas de la vida; las de los peces y las plantas. Entre todos los goces de los sentidos deseaba los del tacto.

Un árbol aislado, en una llanura, en el otoño, rodeado de chaparrones; sus hojas rojas caían; yo pensaba que el agua regaría durante largo tiempo sus raíces, en la tierra profundamente empapada.

A esa edad mis pies desnudos estaban ávidos del contacto de la tierra mojada, del cabrilleo de los charcos, de la frescura o la tibieza del lodo. Yo sé por qué me gustaba tanto el agua, y sobre todo, las cosas mojadas: es que el agua nos da mejor que el aire la sensación inmediatamente diferente de sus temperaturas variadas. Me gustaban los soplos mojados del otoño... Lluviosa tierra de Normandía.

La Roque.

Los carromatos han vuelto cargados con mieses olorosas.

Los hórreos están llenos de heno.

Carromatos pesados, chocados en las escarpas, traqueteados en los atolladeros: ¡cuántas veces me trajisteis de vuelta de los campos,

acostado sobre los montones de hierbas secas, entre los rudos jornaleros jóvenes!

¿Cuándo podré, ¡ay!, acostado sobre los haces, volver a esperar a que llegue el crepúsculo?...

Llegaba el crepúsculo; se llegaba a los hórreos, al patio de la granja en que los últimos rayos del sol se detenían.

III

LA GRANJA

¡Granjero!

¡GRANJERO! Canta tu granja.

Quiero descansar en ella un instante y soñar, junto a tus hórreos, en el estío que me recordarán los perfumes de tus henos.

Toma tus llaves; una a una, ábreme cada puerta...

La primera es la de los hórreos...

¡Ah, qué fieles son los tiempos!... ¡Ah, por qué no habré descansado al calor de los henos, junto al hórreo... en vez de, vagabundo, a fuerza de fervor, haber vencido la aridez del desierto!... Escucharía los cantos de los segadores, y vería, tranquilo, seguro, las cosechas, provisiones inestimables, llegar en los carromatos cargados, como respuestas que esperan a las preguntas de mis deseos. Ya no iría a la llanura para buscar con qué saciarlos; aquí los saciaría a mi gusto.

Hay un tiempo para reír – y hay un tiempo para haber reído.

Hay un tiempo para reír, ciertamente - y luego para acordarse de haber reído.

Ciertamente, Natanael, era yo mismo, yo, y no otro alguno, quien veía agitarse esas mismas hierbas - esas hierbas que ahora se hallan marchitas por el olor de los henos, como todas las cosas cortadas -, vivir esas hierbas, ser verdes y doradas, balancearse al viento del crepúsculo. ¡Ah, quién pudiera volver al tiempo en que, acostados al borde de los prados!...

La hierba profunda acogía nuestro amor.

La caza circulaba bajo las hojas; cada una de sus sendas era una avenida; y cuando me inclinaba y miraba de cerca la tierra, de hoja en hoja, de flor en flor, veía una multitud de insectos.

Conocía la humedad del suelo por el brillo de las plantas y la naturaleza de las flores; tal prado se constelaba de margaritas; pero los céspedes que preferíamos y de los que se aprovechaba nuestro amor se hallaban blanqueados con umbelas, unas ligeras, y las otras, las de la gran branca ursina, opacas y considerablemente ensanchadas. Al anochecer parecían flotar en la hierba profundizada como medusas brillantes, libres, arrancadas de su tallo, levantadas por la bruma ascendente.

La segunda puerta es la de los graneros.

Montones de granos, os ensalzaré. Cereales, trigos rojos, riqueza que espera; provisión inestimable.

¡Que nuestro pan se agote! Graneros, yo tengo vuestra llave. Montones de granos, ahí estáis. ¿Os habrán comido antes de que se canse mi hambre? En los campos los pájaros del cielo, en los graneros las ratas; y todos los pobres en nuestras mesas... ¿Quedará grano para saciar mi hambre?...

Semillas, guardo un puñado de vosotras; lo siembro en mi campo fértil; lo siembro en la buena estación; una semilla produce cien, otra produce mil...

¡Semillas! Donde mi hambre abunda ¡semillas! habréis superabundado.

Trigos que crecéis al principio como una pequeña hierba verde, decid qué espiga amarillenta llevará vuestro tallo encorvado.

Rastrojo dorado, penachos y gavillas, puñado de semillas que he sembrado...

La tercera puerta es la de la lechería.

Descanso, silencio!; desagüe sin fin de los cañizos en los que los quesos se reducen; asiento de las pellas en los manguitos de metal; en los días calurosos de julio el olor de la leche cuajada parecía más fresco y más insípido... no insípido, sino de una acritud tan discreta, y tan deslavada que no se la sentía sino en el fondo de las fosas nasales y ya más bien sabor que perfume.

Mantequera que se conserva con la mayor limpieza. Panecillos de manteca en hojas de coles. Manos rojas de la granjera. Ventanas siempre abiertas, pero cubiertas con telas metálicas para impedir que entren los gatos y las moscas.

Los cuencos están alineados, llenos de leche cada vez más amarilla hasta que queda encima toda la crema. La crema se empareja lentamente, se hincha y se riza y el suero se despoja de ella, Cuando la ha perdido por completo, se quita... (Pero, Natanael, yo no puedo contarte todo eso. Tengo un amigo que se dedica a la agricultura y, sin embargo, habla de ella maravillosamente; él me explica la utilidad de cada cosa y me enseña cómo ni siquiera el suero se pierde.) (En Normandía se lo dan a los puercos, pero, según parece, tiene mejores usos que ése.)

La cuarta puerta se abre al establo:

Es intolerablemente tibio; pero las vacas huelen bien. ¡Ah!, ojalá viviese ahora en la época en que, con los hijos del granjero cuya carne sudorosa olía bien, corríamos entre las patas de las vacas; buscábamos huevos en los rincones de los pesebres; contemplábamos durante horas a las vacas; veíamos caer y estallar las boñigas; apostábamos a cuál de

las reses excrementaría la primera, y un día huí aterrorizado porque creía que una de ellas iba a parir de pronto un ternero.

La quinta puerta es la del frutero.

Ante un vano de sol las uvas penden de los hilos; cada grano medita y madura, rumia en secreto la luz; elabora un azúcar perfumado.

Peras. Amontonamiento de las manzanas. ¡Frutas! He comido vuestra pulpa jugosa. He arrojado las pepitas a la tierra; que germinen para volver a darnos el placer.

Almedra delicada; promesa de maravilla; nucléola; pequeña primavera que dormita esperando. Semilla entre dos estíos, semilla atravesada por el estío.

Luego pensaremos, Natanael, en la germinación dolorosa (el esfuerzo de la hierba para salir de la semilla es admirable).

Pero ahora maravillémonos de esto: cada fecundación va acompañada de voluptuosidad. El fruto se envuelve en sabor; y de placer toda perseverancia en la vida.

Pulpa del fruto, prueba sabrosa del amor.

La sexta puerta es la del lagar:

¡Ah!, ojalá estuviese tendido ahora bajo el cobertizo -donde el calor amengua- junto a ti, entre el estrujamiento de las manzanas, entre las ácidas manzanas aprensadas. Inquiriríamos, ¡ah, Sulamita!, si el deleite de nuestros cuerpos, sobre las manzanas mojadas, se agota menos prontamente, es más prolongado; sobre las manzanas, sostenido por su aroma azucarado...

El ruido de la muela mece mi recuerdo.

La séptima puerta se abre a la destilería:

Penumbra; fogón ardiente; máquinas tenebrosas. Se destaca el cobre de las vasijas.

Alambique; su secreción misteriosa es recogida con esmero. (He visto también recoger la resina de los pinos, la goma enfermiza de los cerezos silvestres, la leche de las elásticas higueras; el vino de las palmeras desmochadas.) Ampolleta estrecha; toda una ola de embriaguez se concentra y revienta en ti; la esencia, con todo lo que había de delicioso, de potente en el fruto; de delicioso y perfumado en la flor.

Alambique: ¡ah!, gota de oro que va a rezumar. (Las hay más sabrosas que el jugo concentrado de las cerezas; otras, olorosas como los prados.) ¡Natanael! Es ésa ciertamente una visión milagrosa; se diría que toda una primavera se ha concentrado aquí... ¡Ah!, que mi actual embriaguez la ponga de manifiesto teatralmente. Que yo beba, encerrado en esta sala muy oscura y de la que no seguiré dándome cuenta -que yo beba con qué volver a dar mi carne -y para liberar a mi espíritu- la visión de todas las otras partes que anhelo...

La octava puerta es la de las cocheras:

¡Ah!, he roto mi copa de oro, me despierto. La embriaguez nunca es sino una substitución de la dicha. Carretelas: toda huida es posible; trineo, país "helado, unzo a vosotros mis deseos.

Natanael, iremos hacia las cosas: llegaremos sucesivamente a todas. Tengo oro en las bolsas de mi silla; y en mis cofres, pieles que casi harán desear el río. Recuerdas, ¿quién contaría nuestras vueltas en la huida? Carretelas, casas ligeras, para nuestras delicias suspendidas, ¡que nuestra fantasía os arrebate! Arados, ¡que unos bueyes os paseen

por nuestros campos! Cavad la tierra como un pujavante: la reja de arado sin empleo en el cobertizo se enmohece, y todos esos instrumentos... Todas vosotras, posibilidades ociosas de nuestros seres, atormentadas, esperando -esperando que se enganche a vosotras un deseo- para quien quiere regiones más bellas...

*¡Que nos siga un polvo de nieve que excite nuestra rapidez!
¡Trineo! Yo unzo a vosotros todos mis deseos...*

La última puerta se abría a la llanura.

LIBRO SEXTO

LINCEO

*Zum sehen geboren,
Zum schamen bestellt.*

GOETHE (Fausto, II.)

Mandamientos de Dios, habéis lastimado mi alma.

Mandamientos de Dios, ¿sois diez o veinte?

¿Hasta qué punto reduciréis vuestros límites?

¿Enseñaréis que hay cada vez más cosas prohibidas?

*¿Nuevos castigos prometidos para la sed de todo lo bello
que haya encontrado yo en la tierra?*

Mandamientos de Dios, habéis enfermado mi alma.

*Habéis rodeado de muros las únicas aguas con que podían apagar
mi sed.*

*.. .Pero ahora me siento, Natanael, lleno de conmiseración por las
faltas delicadas de los hombres.*

Natanael, te enseñaré que todas las cosas son divinamente naturales.

Natanael, te hablaré de todo.

Pondré en tus manos, pastorcito, un cayado sin metal, y conduciremos con cariño, a todas partes, ovejas que todavía no han seguido a dueño alguno.

Pastor, guiaré tus deseos hacia todo lo que existe de bello en la tierra.

Natanael, quiero inflamar tus labios con una sed nueva, y luego acercar a ellos copas llenas de frescor. Yo he bebido; conozco los manantiales en que sacian su sed los labios.

Natanael, te hablaré de los manantiales:

Hay manantiales que brotan de las rocas.

Los que se ven nacer bajo los ventisqueros.

Los hay tan azules que parecen más profundos.

(La Cyané, de Siracusa, es por eso maravillosa.

Fuente azulada; pilón resguardado; nacimiento de agua entre papiros; nos inclinamos desde la barca; en una arena que parecía de zafiros navegaban peces cerúleos.)

En Zaghouan brotaban de la Ninfea las aguas que en otro tiempo dieron de beber a Cartago.

En Vaucluse, el agua sale de la tierra, abundante como si fluyese desde hace mucho tiempo; es ya casi un río que se puede remontar bajo la tierra; atraviesa grutas y se impregna de noche. La luz de las antorchas vacila, se siente oprimida, después hay un lugar tan sombrío que uno se dice: No, nunca podré seguir más adelante.

Hay fuentes ferruginosas que colorean suntuosamente las rocas.

Hay fuentes sulfurosas, cuya agua verde y cálida parece a primera vista envenenada; pero, Natanael, cuando uno se baña en ella la piel se pone tan suavemente blanda que produce más delicia el tocarla.

Hay fuentes de las que surgen brumas por la tarde, brumas que flotan en los alrededores por la noche, y que por la mañana se disipan lentamente.

Fuentecillas muy simples, debilitadas entre los musgos y los juncos.

Fuentes a las que van a lavar las lavanderas y que hacen girar a los molinos.

¡Provisión inagotable!, salida impetuosa de las aguas. Abundancia del agua bajo los manantiales; depósitos ocultos; jarrones descercados. La roca dura estallará. La montaña se cubrirá de arbustos; las zonas áridas se regocijarán y florecerá toda la amargura del desierto.

Brotan de la tierra más fuentes que sedes tenemos para beberlas.

Aguas sin cesar renovadas; vapores celestes que descienden de nuevo.

Si faltan aguas en la llanura, que la llanura vaya a beber a las montañas -o que canales subterráneos lleven el agua de los montes hacia la llanura. - Riegos prodigiosos de Granada. - Depósitos; Ninfeas. - Ciertamente, hay bellezas extraordinarias en las fuentes - delicias extraordinarias en el bañarse en ellas. ¡Piscinas! ¡Piscinas! Saldremos de vosotras purificados.

Como el sol en la aurora,
y la luna en el rocío de la noche,
en vuestra humedad corriente
lavaremos nuestros miembros fatigados.

Hay bellezas extraordinarias en las fuentes, y en las aguas que se filtran bajo la tierra. Aparecen luego tan claras como si hubiesen atravesado cristales; hay delicias extraordinarias en beberlas: son pálidas como el aire, incoloras como si no existiesen, e insípidas; sólo se las percibe por su frescura excesiva, que es su virtud oculta. Natanael, ¿has comprendido que se pueda desear beberlas?

Los goces mayores de mis sentidos
han sido sedes saciadas.

Ahora te diré, Natanael, la...

RONDA

DE MIS SEDES SATISFECHAS

Pues hemos tenido para acercar a copas llenas

*unos labios más tendidos que hacia besos;
copas llenas, tan pronto vaciadas.*

*Los goces mayores de mis sentidos
han sido sedes saciadas...*

*Hay bebidas que se preparan
con el jugo de naranjas exprimidas,
de limones,
y que refrescan porque son
a la vez acidas y dulzonas.*

*He bebido en vasos tan delgados
que se temía romperlos con la boca
antes de que los dientes los tocasen;
y en ellos parecen mejores las bebidas
pues casi nada las separa de nuestros labios.*

*He bebido en cubiletes elásticos
que se apretaban entre ambas manos
para hacer subir el vino hasta los labios.*

*He bebido jarabes fuertes en groseros vasos de posadas
en los anocheceres de los días en que había caminado*

*bajo el sol
y a veces el agua muy fría de las cisternas
me hacía sentir mejor, después, la sombra de la noche.
He bebido agua que habían guardado en odres
y que olía a piel de cabra embreada.*

*He bebido agua casi acostado en la orilla
de arroyos en que habría deseado bañarme,
con los brazos desnudos hundidos en el agua viva
hasta el fondo, donde se ve agitarse los guijarros
blancos....
y la frescura me entraba también por los hombros.*

*Los pastores bebían el agua en sus manos;
yo les enseñé a aspirarlas con pajas.
Ciertos días caminaba a pleno sol,
en verano, en las horas de más calor,
buscando grandes sedes que poder aplacar.*

*¿Y recuerdas, amigo mío, que una noche, durante nuestro viaje
espantoso, nos relevamos, sudorosos, para beber en el cántaro de tierra
el agua que ésta había helado?*

*Aljibes, pozos ocultos a los que bajan las mujeres. Aguas que
nunca han visto la luz; sabor de sombra. Aguas muy ventiladas.*

*Aguas anormalmente transparentes y que yo deseaba azuladas, o
mejor verdes, para que me pareciesen más heladas y ligeramente
anisadas.*

Los goces mayores de mis sentidos han sido sedes saciadas.

¡No! Aún no he contado todas las estrellas que tiene el cielo, las perlas que hay en el mar, las plumas blancas de las orillas de los golfos.

Ni todos los murmullos de las hojas; ni todas las sonrisas de la aurora; ni todas las risas del estío. ¿Y ahora qué más diré? ¿Creéis que mi corazón reposa porque mi boca se calla?

¡Oh, campos bañados de azul!

¡Oh, campos empapados de miel!

Las abejas vendrán, cargadas de cera...

He visto puertos oscuros en los que el alba estaba oculta detrás de los enrejados de las vergas y las velas; la salida furtiva de los barcos, por la mañana, entre los cascos de los grandes navios. Había que encorvarse para pasar bajo los cables tensos de las amarras.

He visto partir de noche galeones innumerables que se hundían en las tinieblas, que se hundían hacia la luz.

No son tan brillantes como las perlas; no son tan resplandecientes como el agua; pero los guijarros del sendero brillan, sin embargo. Suaves recepciones de la luz en los senderos cubiertos por los que caminaba.

¿Pero qué diré, Natanael, de la fosforescencia? La materia es infinitamente porosa para el espíritu, sumisa a todas las leyes, obediente. Y transparente de un lado a otro. Tú no has visto los muros de esta ciudad musulmana enrojecer en el crepúsculo, iluminarse débilmente por la noche. Muros profundos en los que la luz se ha derramado durante el día; muros blancos como el metal, al mediodía (la luz se atesora en ellos); por la noche pareceríais repetirla, contarla muy débilmente. - ¡Ciudades, me habéis parecido transparentes! Vistas desde la colina, desde allá abajo, en la gran sombra envolvente de la noche, lucíais semejantes a las cóncavas lámparas de alabastro, imágenes de un

corazón religioso, por la claridad que las llena, como si fuesen porosas, y cuyo resplandor supura alrededor como si fuese leche.

Blancos guijarros de los caminos a la sombra; receptáculos de claridad. Blancos brezos en los crepúsculos de las estepas; losas de mármol de las mezquitas; flores de las grutas marinas, actinias... Toda blancura es claridad reservada.

He aprendido a juzgar a todos los seres por su capacidad de recepción luminosa; algunos que durante el día supieron acoger al sol me parecieron luego, por la noche, como celdas de claridad. - He visto aguas que corrían por la llanura, al mediodía y que, más lejos, deslizándose bajo las rocas opacas, hacían discurrir tesoros dorados.

Pero, Natanael, sólo quiero hablarte aquí de las cosas -no de la...

REALIDAD INVISIBLE- pues

... como esas algas maravillosas que cuando se las saca del agua se deslustran...

así... etc.

-La infinita variedad de los paisajes nos demostraba sin cesar que todavía no habíamos conocido todas las formas de la dicha, de la meditación o la tristeza que podían cubrir. Sé que en ciertos días de mi infancia, cuando todavía me hallaba a veces triste, en los eriales de Bretaña, la tristeza huía a veces de mí súbitamente, de tal modo se sentía comprendida y recibida en el paisaje, y así, ante mí, la podía contemplar deliciosamente.

La novedad perpetua.

Hace algo muy sencillo y luego dice:

Comprendí que esto no había sido nunca hecho, ni pensado, ni dicho. - Y de pronto todo me pareció de una virginidad perfecta. (Todo el pasado del mundo completamente absorbido en el momento presente.)

20 de julio, a las 2 de la mañana.

Levantarse. - Dios es a quien menos hay que hacer esperar, exclamaba yo al levantarme; por pronto que uno se levante, ve siempre circular la vida; habiéndose ella acostado más pronto, se hacía esperar menos que nosotros.

Vosotras erais, auroras, nuestras delicias más caras.

¡Primaveras, auroras de los estíos!

¡Primaveras de todos los días, auroras!

No nos habíamos levantado todavía

cuando aparecieron los arcos iris . . .

. . .y nunca bastante matinales,

o no tan vespertinos,

como habría sido menester para la luna . . .

Sueños.

He conocido los sueños del mediodía en el verano - los sueños de la mitad del día - después del trabajo comenzado muy temprano; los sueños abrumados.

Las dos. - Niños acostados. Silencio sofocante. Posibilidad de música, pero sin hacerla. Olor de las cortinas de cretona. Jacintos y tulipanes. Lencería.

Las cinco. - Despertares sudorosos; corazón que late; estremecimientos; cabeza ligera; disponibilidad de la carne; carne porosa y que parece invadir demasiado deliciosamente todas las cosas. Sol bajo; céspedes amarillos; ojos abiertos al final del día. ¡Oh licor del pensamiento vespertino! Desarrollo de las flores de la tarde. Lavarse la frente con agua tibia; salir... Espalderas; jardines cercados con paredes al sol. Camino; animales que vuelven de las dehesas; puesta del sol que se ve inútilmente, admiración ya suficiente.

Volver. Reanudar el trabajo junto a la lámpara.

Natanael, ¿qué te diré de las camas?

He dormido en los almiares; he dormido en los surcos de los trigales; he dormido en la hierba, al sol; en los trojes de heno, por la noche. Colgaba mi hamaca de las ramas de los árboles; he dormido columpiado por las olas; acostado en el puente de los navios; o en las estrechas literas de los camarotes, frente al ojo estúpido del tragaluz. Hubo camas en las que me esperaban cortesanas; otras en las que yo esperaba a mozalbetes. Las había cubiertas con telas y tan blandas que parecían armonizarse para el amor, lo mismo que mi cuerpo. He dormido en los campos, sobre tablas, en las que el suelo era como una perdición. He dormido en vagones en marcha, sin perder un instante la sensación del movimiento.

Natanael, hay en el sueño admirables preparativos; hay admirables despertares; pero no hay sueños admirables, y a mí no me gusta el sueño sino en tanto que lo creo realidad. Pues el sueño más bello no vale el momento del despertar.

Adquirí la costumbre de dormir frente a mi ventana abierta de par en par, y como inmediatamente bajo el cielo. En las noches demasiado calurosas de julio he dormido completamente desnudo a la luz de la luna;

al alba me despertaba el canto de los mirlos; me hundía enteramente en agua fría y me enorgullecía de comenzar muy pronto mi jornada. En el Jura, mi ventana se abría sobre un valle que en seguida se llenó de nieve; desde mi lecho divisaba la linde de un bosque; volaban cuervos y cornejas; de madrugada me despertaban los cencerros de los rebaños; cerca de mi casa, se hallaba la fuente adonde los llevaban a beber los vaqueros: me acuerdo de todo eso.

Me gustaba, en las posadas de Bretaña, el contacto de las sábanas toscas y el buen olor de la lejía. En Belle-Isle me despertaban los cantos de los marinos; corría a mi ventana y veía alejarse las barcas; luego bajaba hacia la mar.

Hay habitaciones maravillosas; en ninguna he querido permanecer largo tiempo. Temor de las puertas que se cierran, de las trampas. Celdas que se vuelven a cerrar sobre el espíritu. La vida nómada es la de los pastores. (Natanael, pondré en tus manos mi cayado y a tu vez guardarás mis ovejas. Estoy cansado. Tú partirás ahora; todos los territorios están ampliamente abiertos y los rebaños nunca hartos balan siempre en demanda de nuevos pastos.)

Natanael, a veces me retuvieron extrañas moradas. Unas se hallaban en medio de los bosques; otras, a la orilla de las aguas; otras fueron espaciosas. Pero tan pronto como, por la costumbre, dejaba de observarlas, tan pronto como dejaban de asombrarme, requerido por la oferta de las ventanas, y cuando iba a comenzar a pensar, las dejaba.

(No puedo explicarte, Natanael, ese deseo exasperado de novedad; no me parecía rozar, desflorar cosa alguna; pero mi súbita sensación era desde el primer momento tan intensa que ninguna repetición la aumentaba después; de modo que, si me sucedía con frecuencia que volviese a las mismas ciudades, a los mismos lugares, era para sentir en ellos un cambio de día o de estación, más sensible en líneas conocidas; y si, cuando vivía en Argel, pasé el fin de cada día en el

mismo cafetín moro, era para percibir el cambio imperceptible, de una noche a la otra, de cada ser, para ver cómo el tiempo modificaba, aunque lentamente, un mismo espacio pequeñísimo.)

En Roma, cerca del Pincio, al nivel de la calle, por mi ventana enrejada, semejante a la de una cárcel, las vendedoras de flores iban a ofrecerme rosas, que embalsamaban el aire. En Florencia podía, sin levantarme de mi mesa, ver el amarillo Arno desbordado. En las terrazas de Biskra, Meriem llegaba al claro de luna, en el silencio inmenso de la noche. Estaba completamente envuelta en un gran *haik* blanco desgarrado que dejaba caer riendo al pasar por la puerta con vidrios; en mi alcoba la esperaban golosinas. En Granada, mi habitación tenía sobre la chimenea sandías en vez de candelabros. En Sevilla, hay patios; son de mármol pálido, llenos de sombras y de frescura de agua; de agua que corre, chorro y chapotea en un pilón del centro del patio.

Una pared, espesa contra el viento del Norte, porosa a la luz del Mediodía; una casa rodante, viajera, transparente a todos los favores del Mediodía... ¿Qué sería una habitación para nosotros, Natanael? Un abrigo en un paisaje.

Te hablaré de las ventanas todavía: En Nápoles charlábamos en los balcones, y al anochecer soñábamos junto a los claros vestidos de las mujeres; y las cortinas medio corridas nos aislaban de la ruidosa compañía del baile. Había palabras intercambiadas, de una delicadeza tan desoladora que luego se permanecía algún tiempo sin hablar; a continuación ascendía del jardín el perfume intolerable de las flores de naranjo, y el canto de los pájaros de las noches de estío; y después esos pájaros mismos se callaban durante unos instantes; entonces se oía muy débilmente el ruido de las olas.

Balcones; canastillos de glicinas y de rosas; descanso del crepúsculo; tibieza.

(Esta noche una borrasca lamentable solloza y chorrea contra el vidrio de mi ventana; yo me esfuerzo por preferirla a todo.)

Natanael, te hablaré de las ciudades.

He visto dormir a Esmirna como una muchacha acostada; a Nápoles como una bañista lasciva, y a Zaghuan como un pastor cabileño a quien la llegada de la aurora ha enrojecido las mejillas. Argel tiembla de amor al sol y desfallece de amor por la noche.

He visto, en el Norte, pueblecillos dormidos a la luz de la luna; las paredes de las casas eran alternativamente azules y amarillas; a su alrededor se extendía la llanura; en los campos quedaban enormes haces de heno. Se sale al campo desierto, se vuelve a la aldea dormida.

Hay ciudades y ciudades; a veces no se sabe por qué han sido edificadas donde están. ¡Oh!, ciudades de Oriente, del Mediodía; ciudades de techos planos y de blancas terrazas donde las mujeres locas van a soñar por la noche. Placeres; fiestas de amor; lampadarios de las plazas que, cuando se los ve desde las colinas vecinas, forman como una fosforescencia en la noche.

¡Ciudades de Oriente! Fiesta de fuego; calles que llaman allí calles *santas*, en las que los cafés están llenos de cortesanas a las que hacen bailar músicas demasiado agudas. Los árabes vestidos de blanco circulan por ellas, y niños que me parecían demasiado jóvenes para conocer ya el amor. (Había algunos cuyos labios eran más cálidos que los pajarillos empollados.)

¡Ciudades del Norte! Desembarcaderos; fábricas; ciudades cuyo humo oculta el cielo. Monumentos; torres móviles; presunción de los arcos. Cortejos que cabalgan por las avenidas; muchedumbre solícita. Asfalto brillante después de la lluvia; bulevar en el que languidecen los

castaños; mujeres que os esperan siempre. Había noches, unas noches tan blandas que el menor llamamiento me habría sentido desfallecer.

Las once. - Clausura; ruido estridente de los postigos de hierro. Ciudades. Por la noche, en las calles solitarias, a mi paso las ratas volvían a meterse apresuradamente en sus albañales. Por los respiraderos de los sótanos se veía hacer pan a hombres medio desnudos.

-¡Oh, cafés!, en los que nuestra demencia se prolonga hasta que está ya muy avanzada la noche; la embriaguez de las bebidas y de las palabras terminaban por adormecernos. ¡Cafés! Había algunos llenos de cuadros y de espejos, ricos, en los que no se veía sino personas muy elegantes; otros, pequeños, en los que se cantaban coplas cómicas y en los que las mujeres, para bailar, se levantaban muy arriba las faldas.

En Italia los había que se extendían por las plazas en las noches de estío, y en los que se tomaban buenos helados de limón. En Argelia había uno en el que se fumaba *kief* y en el que estuve a punto de que me asesinaran; al año siguiente lo había cerrado la policía, pues sólo acudían a él personas sospechosas.

Más cafés... ¡Oh, los cafés moros! -A veces un poeta narrador refiere en ellos largamente una historia; ¡cuántas noches fui a escucharle sin comprenderle!... Pero a todos, en verdad, te prefiero, lugar de silencio y de final del día, cafetín de Bab el Derb, choza de tierra en el límite, del oasis- pues más lejos comenzaba todo el desierto- desde donde veía, tras un día más jadeante, llegar una noche más pacífica. Junto a mí se extasiaba un monótono toque de flauta. - Y pienso en ti, cafetín de Shiraz, café que celebró Hafiz; Hafiz, ebrio del vino del copero y del amor, silencioso, en la terraza donde le llegan las rosas. Hafiz que, junto al copero dormido, espera, componiendo versos, al día durante toda la noche.

(Quisiera haber nacido en una época en que el poeta no hubiese cantado las cosas sino simplemente enumerándolas. Mi admiración habría recaído sucesivamente en cada una de ellas y su elogio lo habría demostrado; tal habría sido la razón suficiente.)

Natanael, todavía no hemos contemplado juntos las hojas. Todas las curvas de las hojas...

Follajes de los árboles; grutas verdes, horadadas con salidas; fondos mudables por las menores brisas; movimientos; remolinos de formas; paredes cortadas; montura elástica de las ramas; balanceo redondo; lamelículas y alvéolos...

Ramas desigualmente agitadas... porque la diversa elasticidad de las ramillas, al hacer diversa su fuerza de resistencia al viento, hace también diverso el impulso que les da el viento... etc. Pasemos a otro tema... ¿Cuál? No habiendo composición, no habría que elegir... ¡Disponibles, Natanael, disponibles!

-y mediante una atención súbita, *simultánea* de todos los sentidos, llegar a hacer (es difícil decirlo) del sentimiento mismo de su vida la sensación concentrada de todo el contacto exterior... (o recíprocamente). Aquí estoy; ocupo ese agujero en el que se hunden, en mi oreja, ese ruido continuo del agua; aumentado, y luego aquietado,

De ese viento en esos pinos; intermitente, de los saltamontes;

En mis ojos; el brillo de ese sol en el arroyo; el movimiento de esos pinos... (mira, una ardilla)... de mi pie, que hace un agujero en este musgo, etcétera;

En mi carne: (la sensación) de esta humedad; de esta blandura de musgo (¡ay!, ¿qué rama me pica?...) de mi frente en mi mano; de mi mano en mi frente, etcétera;

En mis fosas nasales: ... (¡chitón!, la ardilla se acerca), etcétera.

Y todo esto *junto*, etc., en un paquetito; -es la vida-;
-¿lo es todo? -¡No! Hay siempre más cosas.
¿Crees, pues, que no soy sino una cita de sensaciones?
-Mi vida es siempre: eso más yo mismo. -En otra ocasión te hablaré
de *mí mismo*. Tampoco te diré hoy la...

RONDA

DE LAS DIFERENTES FORMAS DEL ESPÍRITU

ni la RONDA

DE LOS MEJORES AMIGOS

ni la

BALADA

DE TODOS LOS ENCUENTROS

en las que se hallaban estas frases entre otras:

En Como, en Lecco, las uvas estaban maduras. Subía a una enorme colina en la que se hundían castillos antiguos. Allí las uvas tenían un olor tan azucarado que me resultaba incómodo; penetraba como un sabor hasta el fondo de las fosas nasales, y el comer luego las uvas no era ya para mí ninguna revelación particular, pero tenía tanta sed y tanta hambre que algunos racimos bastaron para embriagarme.

...Pero en esta balada yo hablaba sobre todo de los hombres y las mujeres, y si no te la digo ahora es porque en este libro no quiero hacer personalidades. Pues habrás advertido que en este libro no había *persona alguna*. Y yo mismo no soy en él sino Visión. Natanael, soy el guardián de la torre, Linceo. Bastante tiempo había durado la noche. Desde lo alto de la torre ¡gritaba tanto hacia vosotras, auroras!, ¡auroras nunca demasiado radiantes!

Conservé hasta el fin de la noche la esperanza en una novedad luminosa; ahora no la veo todavía, mas la espero; sé de qué lado apuntará la aurora.

En verdad, todo un pueblo se apresta; desde lo alto de la torre oigo un rumor en las calles. ¡Nacerá el día! El pueblo en fiesta marcha ya al encuentro del sol.

-¿Qué dice de la noche? ¿Qué dices de la noche, centinela?

-Veo una generación que asciende, y veo una generación que desciende. Veo una enorme generación que asciende, que asciende completamente armada, completamente armada de gozo hacia la vida.

¿Desde lo alto de la torre qué ves, qué ves, Linceo, hermano mío?

¡Ay! ¡Ay! Deja de llorar al otro profeta; la noche viene y el día también.

Viene su noche y también nuestro día. Y que quien quiera dormir duerma. ¡Linceo! Baja ahora de tu torre. Nace el día.

Desciende a la llanura. Mira de más cerca todas las cosas. ¡Ven, Linceo, acércate! Aquí está el día y nosotros creemos en él.

LIBRO SÉPTIMO

Quid tum si fuscus Amyntas.

VIRGILIO.

Travesía.

Febrero de 1895.

Salida de Marsella.

Viento violento; aire espléndido. Tibieza precoz; balanceo de los mástiles.

Mar gloriosa, empenachada. Barco menospreciado por las olas. Impresión dominante de gloria. Recuerdo de todas las partidas pasadas.

Travesía.

Cuántas veces he esperado al alba...

... en una mar desalentada...

y he visto llegar el alba sin que la mar estuviese calmada.

Sudor en las sienes. Debilidades. Abandonos.

Noche en el mar.

Mar irritada. Agua corriendo por el puente. Pataleos de la hélice...

¡Oh, sudor de angustia!

Una almohada bajo mi cabeza rota...

Esta noche de luna sobre el puente era llena y espléndida y yo no estaba allí para verla.

-Espera de la ola. -Fragor súbito de la masa de agua; sofocaciones; rebalsamiento; recaídas. - Inercia de mí: ¿qué soy yo allí? - Un corcho, un pobre corcho en las olas.

Abandono al olvido de las olas; placer del renunciamiento; ser una cosa.

Fin de la noche.

Lavan el puente por la mañana demasiado fresca con el agua del mar que izan en unos baldes; ventilación. -Desde mi camarote oigo el ruido de los cepillos de grama en la madera. Choques enormes. He querido abrir la ventanilla. Bocanada demasiado fuerte de aire marino en la frente y las sienes sudorosas. He querido volver a cerrar la ventanilla... Litera; volver a caer en ella. ¡Ah, todas esas zozobras horribles antes del puerto! Cabalgata de reflejos y sombras en la pared del camarote blanco. Exigüidad.

Mi ojo cansado de ver...

Con una paja sorbo la limonada helada...

Despertarse después en la tierra nueva, como de una convalecencia... - Cosas no soñadas.

*Despertarse por la mañana en una playa;
haber sido mecido durante toda la noche por las olas.*

Argel.

*Las mesetas donde van a descansar las colinas,
los ponientes en que se desvanecen los días;
las playas donde van a romperse las marinas;
las noches donde van a dormir nuestros amores...
La noche vendrá a nosotros como una rada inmensa;
las ideas, los rayos, los pájaros melancólicos
vendrán a descansar de la claridad del día
a los jarales donde se tranquiliza toda la sombra...*

Y el agua tranquila de los prados, las fuentes llenas de hierbas.

...Luego, al regreso de los largos viajes.

Las riberas calmadas - los barcos en el puerto.

*Veremos, en las olas que se han apaciguado,
dormir al ave nómada y a la barca amarrada-
y llegarnos la noche a abrir su rada inmensa
de amistad y silencio.*

-Esta es la hora en que todo duerme.

Marzo de 1895.

¡Blindan! ¡Flor del Sahel! Sin gracia y marchita en el invierno, en la primavera, me has parecido bella. Fue una mañana lluviosa; un cielo indolente, suave y triste; y los perfumes de tus árboles en flor erraban por tus largas avenidas. Surtidores de tu estanque tranquilo; a lo lejos los clarines de los cuarteles.

He aquí el otro jardín, bosque abandonado, donde brilla débilmente bajo los olivos la mezquita blanca. ¡Bosque sagrado! Esta mañana viene a descansar aquí mi pensamiento infinitamente cansado, y mi carne agotada por la inquietud de amor. A pesar de haberos visto el otro invierno, yo no tenía idea, bejucos, de vuestras floraciones maravillosas. Glicinas violetas entre las ramas mecidas, racimos como incensarios colgantes, y pétalos caídos sobre el oro de la arena de la alameda. Ruidos del agua; ruidos mojados, chapoteos a la orilla del estanque; olivos gigantes, espíreas blancas, sotillos de lilas, espesura de espinos, bosquecillos de rosas; ¡ir allí solo, y acordarse allí del invierno, y sentirse allí tan cansado, ¡ay!, que ni siquiera la primavera misma os asombra; y hasta desear más severidad, pues tanta gracia, ¡ay!, invita y sonrío al solitario y sólo se puebla de deseos, obsequioso cortejo en las

vacías alamedas. Y a pesar de los ruidos del agua en esa fuente demasiado tranquila, en los alrededores el silencio atento indica demasiado las ausencias.

*Conozco el manantial en que iré a refrescar mis párpados, el bosque sagrado; conozco el camino,
las hojas, el frescor de ese claro;
iré al anochecer, cuando todo sabrá allí callarse
y ya la caricia del aire
nos invite al sueño más bien que al amor.
Manantial frío en el que va a descender toda la noche.
Agua de hielo en la que la mañana se transparentará
tiritando de blancura. Manantial de pureza.
¿No es cierto que yo voy a encontrar nuevamente en la
aurora, cuando ésta aparezca,
el sabor que tenía cuando aún veía en ella
con asombro las claridades y las cosas?...
Cuando vaya a lavar en ella mis párpados quemados.*

Carta a Natanael.

No te imaginas, Natanael, en qué puede convertirse por fin este empapamiento de luz; y el éxtasis sensual que proporciona este calor persistente... Una rama de olivo en el cielo; el cielo por encima de las colinas; un canto de flauta a la puerta de un café... Argel parecía tan caluroso y lleno de fiestas que quise dejarlo durante tres días; pero en Blidah, donde me refugié, encontré los naranjos en flor...

Salgo por la mañana, me paseo; no miro nada y veo todo; una sinfonía maravillosa se forma y se organiza en mí con sensaciones desoídas. La hora pasa; mi emoción se entibia, como la marcha del sol menos vertical se hace más lenta. Luego elijo, ser o cosa, de qué enamorarme -pero lo quiero moviente, pues mi emoción deja de vivir tan

pronto como se fija. Entonces me parece, en cada instante nuevo, no haber visto nada, no haber saboreado nada todavía. Me pierdo en una persecución desordenada de las cosas que huyen. Corrí ayer a lo alto de las colinas que dominan a Blidah para ver el sol durante algún tiempo más; para ver cómo el sol se ponía y cómo las nubes ardientes coloreaban las terrazas blancas. Sorprendo a la sombra y el silencio bajo los árboles; vago a la claridad de la luna; con frecuencia tengo la sensación de nadar, de tal modo me envuelve y me levanta el aire luminoso y cálido.

... Creo que el camino que sigo es *mi* camino, y que lo sigo como es debido. Conservo la costumbre de una vasta confianza que podría llamarse fe si estuviese juramentada.

Biskra.

Unas mujeres esperaban en el umbral de las puertas; tras ellas se encaramaba una escalera recta. Allí estaban sentadas, en el umbral de las puertas, graves, pintadas como ídolos, tocadas con una diadema de monedas. La calle se animaba por la noche. En lo alto de las escaleras ardían unas lámparas; cada una de las mujeres permanecía sentada en el nicho de luz que le formaba la caja de la escalera; su rostro quedaba en la sombra bajo el oro de la diadema que brillaba; y todas parecían esperarme, esperarme especialmente; para subir se agregaba una monedita de oro a la diadema; al pasar, la cortesana apagaba las lámparas; se entraba en su estrecho departamento; se bebía café en tacitas; luego se fornicaba en una especie de divanes bajos.

Jardines de Biskra.

Tú me escribías, Athman: "Custodio los rebaños bajo las palmeras que te esperan. Volverás; la primavera florecerá en las ramas; nos pasearemos y ya no tendremos pensamientos..."

-Ya no irás más bajo las palmeras, Athman, pastor de cabras, a esperarme y ver si llega la primavera. He venido; la primavera ha florecido en las ramas; nos paseamos y ya no tenemos pensamientos.

Jardines de Biskra.

Hoy hace un tiempo gris; mimosas perfumadas. Tibieza mojada. Gotas espesas o grandes, flotantes, y como en formación en el aire... Se detienen en las hojas, las cargan, y luego caen bruscamente.

.. .Recuerdo una lluvia de estío -¿pero se trataba de lluvia?--; de las gotas tibias que cayeron, tan grandes y pesadas, en ese jardín de palmas y de luz verde y rosa, tan pesadas que las hojas, las flores y las ramas rodaban como un don amoroso de guirnaldas, deshechas a montones sobre las aguas. Los arroyos arrastraban los pólenes para fecundaciones lejanas; sus aguas estaban turbias y amarillas. En los estanques se desmayaban los peces. Se oía a ras del agua la abertura de la boca de las carpas. Antes de empezar la lluvia el viento del mediodía, que roncaba, había hecho en la tierra una quemadura muy profunda, y las alamedas se llenaban ahora de vapor bajo las ramas; las mimosas se doblaban, como resguardando los bancos en que se ostentaba la fiesta. - Era un jardín de delicias; y los hombres vestidos de lana, las mujeres con *haïks* rayados, esperaban a que la humedad los penetrase. Permanecían como anteriormente en los bancos, pero todas las voces se habían callado y todos escuchaban las gotas del chubasco, dejando que el agua, pasajera en medio del estío, pusiera pesadas las telas y lavara las carnes descubiertas. - La humedad del aire, la importancia de las hojas eran tales que me quedé sentado en aquel banco a su lado, sin resistir al amor. - Y cuando, terminada la lluvia, ya sólo chorreaban las ramas, quitándose cada uno sus zapatos, sus sandalias, palpó con sus pies desnudos aquella tierra mojada cuya blandura era voluptuosa.

Entrar en un jardín por el que nadie se pasea; dos niños con vestidos de lana blanca me conducen a él. Es un jardín muy largo en cuyo fondo se abre una puerta. Los árboles son más grandes y el cielo, más bajo, se engancha a los árboles. - Las paredes. - Aldeas enteras bajo la lluvia. - Y allí abajo, las montañas; arroyos en formación; alimento de los árboles; fecundación grave y pasmada; aromas viajeros.

Arroyos cubiertos; canales (hojas y flores mezcladas) que se llaman "seghias" porque en ellos las aguas son lentas.

Piscinas de Gafsa de encantos peligrosos: *Nocet cantatibus umbra.*
- La noche es ahora sin nubes, profunda, apenas vaporosa.

(El niño muy bello, vestido de lana blanca a la manera de los árabes, se llamaba "Azous", lo que quiere decir: el bien amado. Otro se llamaba "Ouardi", lo que quiere decir que había nacido en la estación de las rosas.)

*-Y aguas tibias como el aire
en las que se mojaron nuestros labios...*

Un agua oscura que no podíamos distinguir en la noche hasta que la luna la plateó. Pareció nacer entre las hojas y en ella se agitaron animales nocturnos.

Biskra - por la mañana.

Salir al alba -surgir- en el aire renovado.

Una rama de adelfa vibrará en la mañana temblorosa.

Biskra - por la tarde.

En este árbol había pájaros que cantaban. Cantaban, ¡ah!, con voz más fuerte que lo que hubiese creído que podían cantar los pájaros. Parecía que el árbol mismo gritaba -que gritaba con todas sus hojas- pues no se veía a los pájaros. Yo pensaba: se van a morir; es una pasión demasiado fuerte; ¿pero qué les pasa esta tarde? ¿Es que acaso no

saben que después de la noche renacerá otra mañana? ¿Temen dormir para siempre? ¿Quieren consumirse de amor en un crepúsculo, como si luego tuviesen que permanecer en una noche infinita? ¡Breve noche del final de la primavera! - ¡ah!, placer de que el alba de estío los despierte, de tal modo que no se acuerden de su sueño sino lo exactamente necesario para sentir un poco menos miedo de morir en el crepúsculo siguiente.

Biskra - por la noche.

Los zarzales están silenciosos, pero el desierto vibra a su alrededor con el canto de amor de los saltamontes.

Chetma.

Alargamiento de los días. - Tenderse allí. Las hojas de las higueras se han extendido más; perfuman las manos que las rozan; su tallo llora leche.

Recrudescencia del calor. - ¡Ah!, he ahí que llega el rebaño de mis cabras; oigo la flauta del pastor que amo. ¿Vendrá él? ¿O seré yo quien le saldrá al encuentro?

Lentitud de las horas. - Todavía cuelga de la rama una granada seca del año pasado; está completamente abierta, endurecida; en esa misma rama se hinchan ya los capullos de nuevas flores. Las tórtolas pasan entre las palmas. Las abejas liban en la pradera.

(Recuerdo, cerca del Enfida, un pozo al que bajaban mujeres hermosas; no lejos, una inmensa roca gris y rosa; su cima, me dijeron, es visitada por las abejas; sí, zumban allí multitudes de abejas; sus colmenas se hallan en la roca. Cuando llega el verano, las colmenas, agrietadas por el calor, dejan salir la miel, que se esparce a lo largo de la roca; los hombres del Enfida van y la recogen.) - ¡Ven, pastor! - (Mastico una hoja de higuera.)

¡Verano!, coladura de oro; profusión; esplendor de la luz aumentada; inmenso desbordamiento del amor. ¿Quién desea saborear la miel? Las celdas de cera se han fundido.

Y lo más bello que vi ese día fue un rebaño de ovejas que conducían al establo. Sus patitas apresuradas sonaban como un chubasco; el sol se ponía en el desierto y ellas levantaban polvo.

¡Oasis! Flotaban en el desierto como islas; desde lejos, el verdor de las palmeras prometía el manantial en que se abrevaban sus raíces; a veces era abundante y sobre él se inclinaban las adelfas. - Ese día, hacia las diez, cuando llegamos allá, me negué en un principio a seguir adelante; era tal el encanto de las flores de aquellos jardines que no deseaba abandonarlos. - ¡Oasis! (Ahmet me dijo que el siguiente era mucho más bello.)

Oasis. El siguiente era mucho más bello, más lleno de flores y zumbidos. Árboles más grandes se inclinaban sobre aguas más abundantes. Era mediodía. Nos bañamos. - Luego también tuvimos que dejarlo.

Oasis. ¿Qué diré del siguiente? Era todavía más bello y en él esperamos el crepúsculo.

¡Jardines! Volveré a decir, sin embargo, cuáles eran antes del crepúsculo vuestras calmas deliciosas. ¡Jardines! Había algunos en los que se hubiese creído lavarse; los había que no eran ya sino un vergel monótono en el que maduraban los albaricoques; otros, llenos de flores y de abejas, por los que vagaban unos perfumes, tan fuertes que hubiesen podido pasar por manjares y que nos emborrachaban como licores.

Al día siguiente ya sólo me gustó el desierto.

Umach.

Hubo aquel oasis en la roca y la arena en el que penetramos al mediodía, y entre llamas tan cálidas que la aldea extenuada ni siquiera parecía esperarnos. Las palmeras no se inclinaron. Los ancianos charlaban en los huecos de las puertas; los hombres estaban amodorrados; los niños cantaban en la escuela; a las mujeres no se las veía.

Calles de esa aldea de tierra, rosadas durante el día, violetas en el crepúsculo; desiertas al mediodía, os animaréis por la noche; entonces los cafés se llenarán, los niños saldrán de la escuela, los ancianos seguirán conversando en los umbrales de las puertas, los rayos de sol se amortiguarán y las mujeres, subidas a las terrazas y sin velo, como flores, se contarán largamente su tedio.

Aquella calle de Argel, al mediodía, se llenaba con un olor de anisete y de ajeno. En los cafés moros de Biskra sólo se bebía café, té o limonada. Té árabe; dulzor sazonado con pimienta; jengibre; bebida evocadora de un Oriente todavía más excesivo y extremado -e insípido-; imposible de beber hasta el fondo de las tazas.

En la plaza de Tugurt había vendedores de aromas. Les compramos diferentes clases de resinas. Unas se olían, otras se mascaban; otras se quemaban. Las que se quemaban tenían con frecuencia la forma de pastillas; una vez encendidas exhalaban un abundante humo acre con el que se mezclaba un perfume muy sutil; su humo ayuda a provocar los éxtasis religiosos y son éstas las pastillas que se queman en las ceremonias de las mezquitas. Las que se masticaban llenaban en seguida la boca de amargor y pringaban desagradablemente los dientes; mucho tiempo después de haberlas escupido se sentía todavía el sabor. Las que se olían, se olían simplemente.

En casa del morabito de Temasín, al final de la comida nos ofrecieron pasteles perfumados. Estaban adornados con hojas doradas, grises o rosadas, y parecían hechos con miga de pan amasada. Se

deshacían como arena en la boca, pero, no obstante, yo encontraba en ellos cierta satisfacción. Unos olían a rosa, otros a granada, y otros, parecían completamente acedos. - En esas comidas era imposible embriagarse de otro modo que a fuerza de fumar. Se servían manjares en cantidad fastidiosa y la conversación variaba con cada cambio de platos. - Luego una negra os derramaba en los dedos el agua aromatizada de una jarra; el agua caía en un lebrillo. Y así es como las mujeres, allá abajo, os lavan después de amaros.

Tugurt.

Árabes acampados en la plaza; fuegos que se encienden; humos en el anochecer casi invisibles.

-¡Caravanas! - Caravanas que llegan por la tardé; caravanas que parten por la mañana; caravanas horriblemente cansadas, ebrias de espejismos y ahora desesperadas. ¡Caravanas! ¡Ojalá pudiese partir con vosotras, caravanas!

Algunas partían hacia el Oriente, en busca del sándalo y las perlas, los pasteles de miel de Bagdad, los marfiles y los bordados.

Algunas partían hacia el Sur, en busca del ámbar y el almizcle, el oro en polvo y las plumas de avestruz.

Las había que partían hacia el Occidente, que partían al anochecer y se perdían en el último deslumbramiento del sol.

Vi volver a las caravanas fatigadas; los camellos se arrodillaban en las plazas, y por fin les quitaban la carga. Eran fardos de tela espesa y no se sabía lo que podía haber dentro de ellos. Otros camellos conducían mujeres ocultas en una especie de palanquín. Otros llevaban el material

de las tiendas, y se las desplegaba al anochecer. ¡Oh, fatigas espléndidas, inmensas, en el desierto inconmensurable! - En las plazas se encendían fuegos para la comida de la noche.

¡Ah, cuántas veces, habiéndome levantado con el alba y hacia el Oriente teñido de púrpura, más lleno de rayos que una gloria - cuántas veces, en el límite del oasis, donde se ahilaban las últimas palmeras; pues la vida no triunfaba ya del desierto - , como inclinado hacia esa fuente de luz, ya demasiado deslumbrante e insostenible para las miradas, he tendido hacia ti mis deseos, vasta llanura inundada por completo de luz, de calor tórrido! . . . ¿Qué éxtasis es bastante exaltado, qué amor es bastante violento, bastante ardiente para vencer el ardor del desierto?

Tierra áspera; tierra sin bondad, sin dulzura; tierra de pasión, de fervor; tierra amada por los profetas - ¡ah, desierto doloroso, desierto de gloria, te he amado apasionadamente!

He visto en las albuferas llenas de espejismos la costra de sal blanca que tomaba la apariencia del agua. - Comprendo que en ella se refleje el azul del cielo - albuferas azuladas como el mar - ¿pero por qué - espesuras de juncos y más lejos cantiles de esquisto en ruinas-, por qué esas apariencias flotantes del barco y más lejos esas apariencias de palacio?- todas esas cosas deformadas y suspendidas sobre esa profundidad imaginaria de agua. (El olor de la orilla de la albufera era nauseabundo; era una marga horrible, mezclada con sal y ardiente.)

He visto ponerse rosados los montes de Amar Khadu bajo el rayo oblicuo de la mañana y parecer materia abrasada.

He visto al viento levantar la arena del fondo del horizonte y hacer jadear al oasis. Parecía no ser ya sino un navio espantado por la tormenta; estaba trastornado por el viento. Y en las calles de la aldehuela los flacos hombres desnudos se retorcían con la intensa sed de la fiebre.

He visto a lo largo de los caminos desolados blanquear las osamentas de los camellos; camellos abandonados por las caravanas, demasiado cansados y que no podían ya arrastrarse, que primeramente se pudrían, cubiertos de moscas, y exhalaban hedores espantosos.

He visto anocheceres que no cantaban ya más cantos que el agudo rechinar de los insectos. -Quiero seguir hablando del desierto:

Desierto de esparto, lleno de culebras: verde llanura ondulante al viento.

Desierto de piedra; aridez, brillan los esquistos; revolotean las cicindelas; se secan los juncos; todo crepita al sol.

Desierto de arcilla; aquí todo podría vivir si corriese un poco de agua. Todo reverdece desde la última lluvia; aunque la tierra, demasiado seca, parece desacostumbrada a sonreír, la hierba parece aquí más tierna y más embalsamadora que en otras partes. Se apresura todavía más a florecer, a embalsamar, por temor a que el sol la marchite antes de que haya logrado su simiente; sus amores son precipitados. El sol vuelve; la tierra se cuarteja, se deshace, dejar escapar el agua por todas partes; tierra espantosamente agrietada; en las grandes lluvias toda el agua huye a las barrancas; tierra burlada y que no puede retener; tierra desesperadamente sedienta.

Desierto de arena. - Arenas movedizas como las olas del mar; dunas constantemente removidas; especies de pirámides guían de

cuando en cuando a las caravanas, al subir a una de ellas se divisa en el horizonte la cima de otra.

Cuando el viento sopla, la caravana se detiene; los camelleros se ponen al abrigo de los camellos.

Desierto de arena -vida excluida; no hay en él sino la palpitación del viento, del calor. La arena se afelpa delicadamente a la sombra; se abrasa por la tarde y parece de ceniza por la mañana. Hay valles completamente blancos entre las dunas; los cruzábamos a caballo; la arena volvía a cerrarse después de pasar nosotros; a causa de la fatiga, en cada duna nueva se creía que no podríamos atravesarla.

Yo te habría amado apasionadamente, desierto de arena. ¡Ah, que tu grano más pequeño repita en su lugar único una totalidad del universo! - ¿De qué vida te acuerdas, polvo? ¿Separado de qué amor estás? -El polvo quiere que se le elogie.

Alma mía, ¿qué has visto en la arena?

Huesos blanqueados - conchas vaciadas...

Una mañana llegamos junto a una duna lo bastante alta para resguardarnos del sol. Nos sentamos. La sombra era casi fresca y unos juncos crecían allí con delicadeza.

Pero de la noche, ¿qué diré de la noche? Es una navegación lenta.

Las olas son menos azules que las arenas. Eran más luminosas que el cielo.

-Sé de una noche en la que cada estrella, una por una me pareció particularmente bella.

Saúl, cuando en el desierto buscabas a tus pollinas no las encontraste, pero sí encontraste una dignidad real que no buscabas.

El goce de alimentar en uno mismo la miseria. La vida era para nosotros.

salvaje y de sabor repentino

Y a mí me gusta que la dicha sea aquí
como una florescencia sobre la muerte.

LIBRO OCTAVO

*Nuestros actos se unen a nosotros como su fulgor
al fosforo; nos dan nuestro esplendor, es cierto,
pero sólo desgastándonos.*

Espíritu mío, ¡te has exaltado extraordinariamente durante tus paseos fabulosos!

¡Oh, corazón mío! Te he dado de beber liberalmente. Carne mía, te he embriagado de amor.

Es inútil que ahora, una vez descansado, trate de contar mi fortuna. No la tengo.

A veces busco en el pasado algún grupo de recuerdos, para formarse con ellos finalmente una historia, pero me desconozco en tales recuerdos y mi vida los desborda. Me parece no vivir inmediatamente después, sino en un instante siempre nuevo. Lo que se llama recogerse me resulta una violencia imposible; no comprendo ya la palabra *soledad*; estar solo en mí mismo es no ser ya nadie; estoy poblado. Por lo demás no estoy en mí sino en todas partes; y siempre el deseo me arroja de ellas. El recuerdo más bello no me parece sino un resto perdido de dicha. La menor gota de agua, aunque sea una lágrima, apenas moja mi mano adquiere para mí una realidad más preciosa.

¡Pienso en ti, Menalcas!

¡Dime!, ¿por qué mares va a navegar tu barco que ha ensuciado la espuma de las olas?

¿No volverás ahora, Menalcas, cargado con un lujo insolente, dichoso por poder reavivar con él mis deseos? Si descanso al presente, no es en tu abundancia... No; me enseñaste a no descansar nunca. ¿Es

que no te has cansado todavía de esa vida horriblemente errante? En cuanto a mí, he podido gritar a veces de dolor, pero nada me ha fatigado y cuando mi cuerpo está cansado acuso de ello a mi flaqueza; mis deseos esperaban que fuese más valiente. En verdad, si lamento ahora algo es el haber dejado, sin morderlos, que se echasen a perder y se alejasen de mí muchos frutos, frutos que me habíais ofrecido, Dios de amor que nos alimentas. Pues aquello de que uno se priva ahora, me leían en el Evangelio, más tarde se vuelve a encontrar centuplicado... ¡Ah! ¿Qué voy a hacer con más bienes que los que capta mi deseo? Pues he conocido ya voluptuosidades tan fuertes que si lo hubieran sido un poco más no habría podido saborearlas.

*Se ha dicho a lo lejos que yo hacía penitencia,
¿pero qué haría yo con el arrepentimiento?*

SAADI

¡Es cierto, sí!, mi juventud fue tenebrosa;
me arrepiento de ella.
No saboreaba la sal de la tierra
ni la de la gran mar salada.
Creía que yo era la sal de la tierra
y tenía miedo de perder mi sabor.

La sal de la mar no pierde su sabor, pero mis labios son ya viejos para sentirla. ¡Ah! ¿Por qué no respiré el aire marino cuando mi alma lo deseaba ávidamente? ¿Qué vino podrá embriagarme ahora?

Natanael, ¡jay!, satisface tu goce cuando le hace sonreír a tu alma y tu deseo de amor cuando tus labios son todavía bellos para ser besados y cuando tu abrazo es alegre.

Pues pensarás y dirás: Los frutos estaban allí; su peso curvaba y cansaba ya a las ramas; mi boca estaba allí y estaba llena de deseos; pero mi boca permaneció cerrada, y mis manos no pudieron tenderse porque estaban unidas para la plegaria; y mi alma y mi carne quedaron desesperadamente sedientas. La hora pasó desesperadamente.

(¿Sería cierto, sería cierto, Sulamita?
¡Me esperabas y yo no lo sabía!
Me buscaste y yo no oí tu llegada.)

¡Ah, juventud!, el hombre no la posee sino un tiempo y el resto del tiempo la recuerda.

(El placer llamaba a mi puerta; el deseo le contestó en mi corazón; yo permanecí de rodillas, sin abrir.)

El agua que pasa puede, ciertamente, regar todavía muchos campos y muchos labios apaciguan su sed en ella. ¿Pero yo qué puedo saber de ella? ¿Qué tiene para mí sino su frescura que pasa y que quema cuando ha pasado? Apariencias de mi placer, correréis como el agua. Si se renueva aquí el agua, que sea para conservar una frescura constante.

Inagotable frescura de los ríos, surgimiento sin fin de los arroyos: no sois esa poca agua captada en que mis manos se mojaron en otro tiempo y que se arroja luego porque ya no está fresca. Agua, captada: eres como la sabiduría de los hombres. Sabiduría de los hombres: no tienes la inagotable frescura de los ríos.

Insomnios.

Esperas. Esperas; fiebre; horas de juventud en alamedas... Una sed ardiente para todo lo que llamáis pecado.

Un perro ladraba desconsoladamente persiguiendo a la luna.

Un gato parecía un nene que llorara.

La ciudad iba por fin a saborear un poco de calma, para, al día siguiente, encontrar remozadas todas sus esperanzas.

Me acuerdo de las horas pasadas en alamedas; con los pies desnudos en las losas; yo apoyaba mi frente contra el hierro mojado del balcón; el brillo de mi carne era, bajo la luna, como un fruto maravilloso que había que coger. ¡Esperas! Lo erais para nuestro ajamiento... ¡Frutos demasiado maduros! Sólo os hemos mordido cuando nuestra sed se había hecho demasiado espantosa y ya no podíamos soportar su quemadura. ¡Frutos echados a perder! Llenasteis nuestra boca con una insipidez envenenada y trastornasteis profundamente mi alma. Dichoso quien, joven todavía, ha mordido vuestra carne firme todavía y chupado, higos, vuestra leche perfumada de amor, sin esperar más... para correr después, refrescado, por el camino en que terminaremos nuestras penosas jornadas.

(Es cierto que he hecho lo que he podido para impedir el atroz desgaste de mi alma; pero sólo con el desgaste de mis sentidos pude distraerla de su Dios; se ocupaba en él toda la noche y todo el día; se ingeniaba en plegarias difíciles; se consumía de fervor.)

¿De qué tumba me evadí esta mañana? (Los pájaros marinos se bañan, extendiendo sus alas.) Y la imagen de la vida, ¡ay, Natanael!, es para mí un fruto lleno de sabor en labios llenos de deseo.

Había noches en las que no se podía dormir.

Había grandes esperas -esperas sin saberse con frecuencia de qué- en el hecho en que buscaba inútilmente, el sueño, con los miembros cansados y como alabeados por el amor. Y yo a veces buscaba, más allá del placer de la carne, como un segundo placer más oculto.

... Mi sed aumentaba de hora en hora, a medida que bebía. A la postre se hizo tan vehemente que habría llorado de deseo.

... Mis sentidos se habían gastado, hasta la transparencia, y cuando bajé a la ciudad por la mañana entró en mí el azul del firmamento.

... Sentía una horrible dentera a fuerza de arrancarme la piel de los labios, como si mis dientes estuvieran completamente gastados. Y mis sienes se hallaban hundidas como por una succión interna. El olor de los campos de cebollas en flor me habría hecho vomitar fácilmente.

Insomnios.

.. .Y se oía en la noche una voz que gritaba y lloraba, ¡ay!, lloraba, he ahí el fruto de esas flores apestadas: es dulce. En adelante iré a pasear por los caminos la vaga desazón de mi deseo. Tus habitaciones abrigadas me ahogan y tus lechos ya no me satisfacen. En adelante no busques una meta a tus vagabundeos interminables...

-Nuestra sed se había hecho tan intensa que yo había bebido ya un vaso entero de esa agua antes de advertir, ¡ay!, lo nauseabunda que era.

... ¡Oh, Sulamita! Habrías sido para mí como esos frutos madurados a la sombra y en pequeños jardines cerrados.

¡Ah!, pensaba yo, toda la humanidad se fatiga entre la sed de sueño y la sed de placer. Después de la tensión espantosa, la concentración ardiente y la recaída de la carne no se piensa sino en dormir. ¡Ay, el sueño! ¡Ay, si no nos despertase de él hacia la vida un nuevo sobresalto de deseos!

Y la humanidad entera no se agita sino como un enfermo que se revuelve en su lecho para sufrir menos.

...Luego, tras algunas semanas de trabajo, eternidades de descanso.

... ¡Como si se pudiese conservar algún vestido en la muerte! -
(Simplificación.) Y moriremos como quien se desnuda para dormir.

¡Menalcas! ¡Menalcas, pienso en ti!

Decía, sí, lo sé: ¿Qué me importa? Aquí o allá estaremos
igualmente bien.

...Ahora, allá abajo, caía la noche...

... ¡Oh, si el tiempo pudiese volver hacia su fuente! ¡Y si pudiese
repetirse el pasado! Natanael, quisiera conducirte conmigo hacia las
horas amorosas de mi juventud, en las que la vida fluía en mí como la
miel. ¿Se consolará algún día mi alma por haber saboreado tanta dicha?
Pues allí estaba yo, en aquellos jardines, yo y no otro; escuchaba ese
canto de cañas; respiraba esas flores; contemplaba y tocaba a ese niño
-y en verdad cada nueva primavera se acompaña con cada uno de esos
juegos-, ¿pero cómo volveré a ser, ¡ay!, el que era entonces, aquel *otro*?
(Ahora llueve sobre los tejados de la ciudad; mi habitación se halla
solitaria.) Es la hora en que allí regresaban los rebaños de Lossif; volvían
de la montaña; el desierto se llenaba de oro en el crepúsculo; tranquilidad
de la tarde... ahora; (ahora).

Noche de junio.

París.

Athman, pienso en ti; Biskra, pienso en tus palmeras; Tugurt, en tus
arenas... El viento árido del desierto, ¿sigue agitando todavía, oasis, tus
palmas murmurantes? Granadas abiertas por el calor, ¿dejáis caer
vuestros granos acerbos?

Chetma, me acuerdo de tus corrientes de agua fresca y de tu
manantial de agua caliente junto al cual se transpiraba. El Kantara,
puente de oro, me acuerdo de tus mañanas sonoras y de tus tardes

extasiadas. Zaghuan, vuelvo a ver tus higueras y tus adelfas; Kairuan, tus nogales; Susse, tus olivares. Sueño con tu desolación, Umach, ciudad destruida, muros rodeados de pantanos, y con la tuya, triste Droh, frecuentada por las águilas, aldea atroz, barranca ronca.

Chegga la alta, ¿sigues contemplando el desierto? M'rayer, ¿mojas tus delgados tamarismos en la albufera? Megarine, ¿te sacias bien de agua salada? Temasin, ¿sigues marchitándote al sol?

Recuerdo, junto al Enfida, un peñasco estéril del que manaba miel en la primavera; junto a él había un pozo al que iban a sacar agua mujeres muy hermosas y casi desnudas.

¿Sigues estando allí, y ahora a la luz de la luna, casa de Athman, siempre medio derruida? Casita en que tu madre tejía, en que tu hermana, la mujer de Amhur, cantaba o contaba historias; en que la camada de tórtolas se divertía callandito en la noche cerca del agua gris y somnolienta.

¡Oh, deseo! ¡Cuántas noches no pude dormir a fuerza de inclinarme sobre un ensueño que reemplaza al sueño! ¡Oh, si hay brumas en el crepúsculo, sonidos de flauta bajo las palmeras, blancos vestidos en la profundidad de los senderos, sombra suave junto a la luz ardiente... iré!

-¡Lamparita de tierra y aceite! El viento de la noche atormenta a tu llama; ventana desaparecida; sencilla tronera del cielo; noche tranquila sobre los techos; la luna.

En el fondo de las calles desembarazadas se oye a veces rodar un ómnibus, un coche; y a lo lejos, se oye silbar y se ve huir a los trenes que salen de la ciudad. La gran ciudad que espera el despertar.

Sombra del balcón sobre el piso de la habitación, vacilación de la llama en la página blanca del libro. Respiración.

-La luna está oculta ahora; el jardín que se extiende ante mí parece un estanque de verdor... Sollozo, labios cerrados; convicciones

demasiado grandes; angustias del pensamiento. ¿Qué diré? *Cosas verdaderas*. EL PRÓJIMO - importancia de *su* vida; hablarle...

HIMNO

A MANERA DE CONCLUSIÓN

a M. A. G.

Ella volvió los ojos hacia las nacientes estrellas. "Conozco sus nombres -dijo-; cada una tiene muchos; poseen virtudes diferentes. Su movimiento, que nos parece lento, es rápido y las hace ardientes. Su inquieto ardor es causa de la violencia de su movimiento, y su esplendor es el efecto. Una íntima voluntad las impulsa y dirige; un fervor exquisito las quema y las consume; por eso son bellas y radiantes.

Se mantienen unidas unas a otras por lazos que son virtudes y fuerzas, de manera que la una depende de la otra y la otra depende de todas. El camino de todas está trazado y todas encuentran su camino. No podrían cambiarlo sin desviar del suyo a alguna otra, pues todos los caminos están ocupados. Y cada una elige su camino como debía seguirlo; lo que debe es necesario que lo quiera, y ese camino, que nos parece fatal, es el que prefiere cada una, pues cada una posee una voluntad perfecta. Un amor deslumbrante las guía; su elección establece leyes y nosotros dependemos de ellas; no podemos eludirlas".

ENVIO

Natanael, ahora arroja mi libro. Emancípate de él. Déjame; déjame; ahora me importunas; me retienes; el amor que he encarecido para ti me ocupa demasiado. Estoy cansado de fingir que educo a alguien. ¿Cuándo he dicho que te quería semejante a mí? Porque difieres de mí es por lo que te amo; no amo en ti sino lo que difiere de mí. ¡Educar! ¿A quién educaría yo sino a mí mismo? Natanael, ¿te lo diré?, y yo me he educado interminablemente. Sigo haciéndolo. Nunca me estimo sino por lo que podría hacer.

Natanael, arroja mi libro; no te satisfagas con él. No creas que tu verdad puede ser encontrada por otros; más que de todo, avergüénzate de eso. Si yo buscase tus alimentos no tendrías hambre para comerlos; si yo te preparase tu lecho no tendrías sueño para dormir en él.

Arroja mi libro; dite a ti mismo que no hay en él sino una de las posturas posibles ante la vida. Busca la tuya. Lo que otro habría hecho tan bien como tú, no lo hagas. Lo que otro habría dicho tan bien como tú, no lo digas; lo que habría escrito tan bien como tú, no lo escribas. No te apegues más que a lo que sientas que no está sino en ti mismo, y crea de ti, Impaciente o pacientemente, ¡ay!, el más irremplazable de los seres.